Alma Nativa
(1906)

Martiniano Leguizamon

ALMA NATIVA

Martiniano Leguizamon

Este libro es una colección de ensayos que aborda la temática de la identidad y la cultura argentina.

El autor explora la relación entre el hombre y la naturaleza, la historia y la tradición, y como estas influencias han moldeado la identidad de la Argentina.

Leguizamon también analiza la importancia de la música y la literatura en la cultura argentina, y como estas formas de arte han ayudado a preservar la identidad nacional.

Alma Nativa es una obra importante en la literatura argentina y es considerada una reflexión profunda sobre la identidad y la cultura del pais.

Índice

Prefacio

1 El puñal tradición del pago

2 El forastero

3 Primitivo

4 Raza vencida

5 El tiro de gracia

6 Mañas libres

7 La pechada

8 Una revancha

9 La picana

10 La escuela del rastreador

11 De mi tierra

12 La zamacueca

13 El premio de un pial

14 La cicatriz

15 El domador

16 Sabés silbar ?

17 La navidad de Lluri-lluri

18 La leyenda del Mburucuya

Prefacio

Como el benévolo lector lo observará sin la pretensión de abarcar un estudio metódico, en una serie de narraciones breves y sintéticas, de esbozos y perfiles rápidamente trazados ante esas visiones serenas de la infancia que colora la luz interior de los recuerdos, ó de la información histórica que presta verosimilitud al hecho imaginario,—este pequeño libro está formado casi en su totalidad con escenas sencillas, ingenuas, rudas á veces del hombre de nuestros campos, que pronto no será sino una leyenda

Las páginas restantes aspiran también á reflejar alguna faceta del espíritu nativo, y las inspira igualmente un anhelo sincero de verdad que tal vez sea la única consideración que logre escudar su escaso mérito

La imaginación y la fantasía han prestado apenas su colorido al relato en que he procurado pintar idiosincrasias netamente argentinas, criollas para emplear la acepción corriente de la tierra

Empero, dada la prestigiosa figura que ha servido de núcleo principal-y que cuenta ya con una copiosa producción literaria desde que Bartolomé Hidalgo en los albores del siglo XIX empezó á llamar la atención pública sobre ella con sus diálogos gauchescos entre Chano y Contreras, -es posible que el mismo asunto, algún detalle ó imagen hayan sido usados por otros escritores, y, en tal caso la involuntaria reminiscencia no hará suponer, lo espero, una apropiación dolosa

Tratándose de un tipo idéntico que desarrolla su limitada acción en un escenario más ó menos semejante, es natural que los episodios de su vida agreste se repitan con parecidos caracteres y que hayan podido ser observados á la vez en lugares distintos, de manera, pues, que una referencia concordante con otra de sitio lejano sirve para abonar su autenticidad

La afirmación de Capus de que no existe nada nuevo en los asuntos teatrales, ni nada viejo para quien tiene inspiración, deslinda también en esta clase de trabajos lo que es simple coincidencia de tema ó detalle, pero sin afectar al fondo de la idea matriz, al estilo que les da la entonación intensa, el cuño propio del

autor

El mayor anhelo de todo escritor es ser á su manera y á su medida incomparable

La fuente donde abrevó la inspiración será quizá la misma, mas la obra si es sincera debe llevar en las entrañas el fruto de sus observaciones sagaces ó erróneas, pero sentidas, con irradiaciones de su propia naturaleza

A pesar de la cortedad de mis medios de expresión paréceme, con todo, que este trabajo no ha de ser totalmente estéril, desde que se orienta en un móvil plausible y tal vez sirva de estímulo á algún artífice animoso para completar la obra aquí apenas desflorada

Para cuantos observan con interés la rápida transformación á que asistimos, en que el perfil, la fisonomía genuina y tan peculiar de las cosas de antaño se borra ó se pervierte substituída por un nuevo tipo, no escapará la urgencia de salvar los rasgos originarios del tipo viejo que agoniza

Y si bien por el momento á muchos no interesa su desaparición, preocupará mañana al historiador y al artista que pretendan investigar las fases de nuestra evolución, y entonces ya será irremediablemente tarde, porque la transformación habrá concluido de borrar las huellas del hombre, sus hábitos, su estilo, sus creencias, hasta el paisaje

El asunto como se ve no es de mero pasatiempo aunque la forma frívola pudiera suponerlo, puesto que con este sedimento está amasada nuestra historia y constituirá la base del arte argentino

En el alma nativa, buena ó mala, existe la levadura de nuestra nacionalidad; nada de cuanto á ella se refiera puede sernos indiferente..

Sin pretenderlo quizá, contando lo que se ha visto, lo que se recogió á través del vasto territorio, refiriendo cuentos, anécdotas y leyendas de sitios diferentes, con esa tierna evocación de las remembranzas juveniles, se ha ido formando el caudal de un género literario que ha entrado ya con verdad en dependencia folk-lórica y ha trazado el rumbo de una literatura característica con sólido cimiento criollo

Con la sensación profunda de nuestra tierra-me decía Miguel Cané y el instrumento de expresión creado ya, tenemos que adquirir nuestra autonomía y nuestra independencia literaria, como hemos

adquirido, con esfuerzo viril, nuestra independencia política y como vamos adquiriendo, no sin trabajo y sin mérito, la industrial

La sociedad argentina, cuyos hábitos, pasiones é ideas tiene que reflejar la literatura que sea su expresión, ofrece al artista una gama moral é intelectual infinitamente superior á aquella de que dispone el escritor europeo actual

Razones históricas, sociológicas y de ambiente parecen indicarnos que esa es la orientación

Si pretendemos crear algo original, con sello indeleble, algo que sienta el terruño, que tenga sus zumos y esté nutrido de su sol-como los Recuerdos de Provincia y las páginas no declamatorias del Facundo de Sarmiento, Mis montañas de González, Juvenilia de Cané, Los ranqueles de Mansilla, La Australia argentina Sobre las ruinas de Pairó ó Los Matreros de Fray Mocho,-tenemos que volver la mirada al pasado, gozarnos en evocar lo genuinamente nuestro, procurando arrancar la veta de oro de la ganga materna para presentarla con verdad y con arte. Esa y no otra pensamos que debe ser la principal tarea del hombre de letras argentino. Tal es el ideal amorosamente perseguido en este libro

Y anticiparé la respuesta á una observación que presumo, pues ya fué dirigida á otros trabajos míos de la misma índole. En efecto es esta una obra regional, pero no inspira sus modestas páginas la pasión per! turbadora del regionalismo con tendencia histórica ó banderiza, por más que en alguna ocasión haya rozado con asuntos ó personajes históricos, á fin de dar situación auténtica al hecho y completar con la fisonomía del ambiente respectivo el bosquejo del cuadro imaginado donde los actores se agitan

El regionalismo á que aspiro con intimo deleite, es el consagrado por el arte, el que se nutre con los amores del suelo natal que nos saturó de recónditas añoranzas, el que evoca esas tiernas memorias siempre presentes en nuestro corazón, el que nos trae alegres rumores de los regocijos tradicionales con el eco de las viejas canciones que oíamos en torno á la lumbre del solar de nuestros abuelos, el que refleja con su luz y su color las características del ambiente nativo, el que interpreta en el libro, en el lienzo, en el mármol ó en la página musical la poesía espontánea del alma de los terruños..

Ese es el regionalismo en que creo y al cual tiende mi espíritu en

una aspiración inalterada de fe y de esperanza; ese es el regionalismo que quisiera ver realizado por los escritores de cada región de nuestro territorio, puesto que cada una de ellas tiene mucho de peculiar y genuino

Todo pájaro encuentra su nido hermoso, dice un poeta provenzal. Sospecho que esta pasión comarcana tan pintorescamente caracterizada ha de circular hasta con exceso á través de la urdimbre de ALMA NATIVA para darle colorido y animación

No creo, sin embargo, que sea esto un grave defecto puesto que nuestra labor de simple recolección de elementos originarios será depurada por los artistas del futuro, y apenas quedará-si algo queda-el esbozo, el rasgo, la línea, la piedra anónima donde el creyente grabó su emoción sincera ante el fragoroso torbellino que va en camino de transformarlo todo como una conquista

En cuanto al lenguaje, sé también cuánto podrán tachar los puristas que quieren conservar en toda su integridad la pureza de la lengua castellana, aunque á trueque del estancamiento espiritual

Yo amo y cultivo el sonoro, vehemente y secular idioma de la madre patria, pero pienso que no se comete una irreverencia contra el léxico oficial al adoptar las hablas y expresivos neologismos de la tierra, que pintan con un rasgo un estado de alma, que responden á verdaderas necesidades idiomáticas de usos, costumbres, creencias y maneras diferentes de ver y sentir, constituyendo así una modalidad nuestra, una exigencia de la naturalidad de la vida, una saturación del medio ambiente

Si los personajes hablan su lenguaje rústico y pintoresco, á fin de que los caracteres resulten verdaderos, es que así natural y lógicamente debían hablar para que la palabra fuese la transparente exteriorización del alma hosca y turbulenta de nuestro gaucho

Tal hizo Pereda con sus hirsutos marineros y montañeses; y, ¡qué delicioso aroma de naturaleza espontánea y viviente respiran sus admirables cuadros de la montaña y del mar!..

El vocabulario del paisano está matizado de imágenes pintorescas, de dichos metafóricos y retruécanos vivaces que es necesario copiar si se quiere dar todo el parecido á esa figura bizarra que se va para nunca más volver

Por eso he procurado elegir los que me parecieron más

expresivos y sugerentes, empleándolos sin abuso en la enunciación de su pensamiento á fin de no obscurecer la descripción, sin despojarla empero de ese sabor local que la completa vivificando el estilo hasta sugerir emociones de belleza

Por la naturaleza misma del asunto, es seguro que el autor habrá dado cabida a más de un neologismo criollo, unas veces por falta del vocablo específico ó bien considerando más expresiva y propia la locución corriente de la tierra

Y si la autoridad de la Academia encastillada en su tradicionalismo conservador no los acepta, incorporándolos al léxico para enriquecerlo, no por eso podrá abolir la sanción que han recibido ya con el uso en estas vastas regiones

En materia de lengua, ya lo dijo Platón: el pueblo es un maestro excelentísimo. El que pretenda hacer obra de arte saturada del ambiente regional, el que desee expresar con naturalidad su pensamiento, ocupándose de asuntos nacionales, tendrá necesariamente que emplear esas voces y acepciones nuevas que no tienen equivalentes en el diccionario, so pena de sentar plaza de remilgado y falso y aun de malograr el más hermoso tema.. Y al separarme de estas páginas imperfectas que mañana serán quizá ludibrio de la crítica intolerante ó del desdén de los que se avergüenzan de las cosas que sienten el terruño, sólo una pena me conturba, y es la de no haber logrado fijar con el colorido de la realidad la imagen tan cariñosamente evocada

Pero me daría por compensado, si el vago perfil del hombre de nuestros campos que aquí se bosqueja, despertara la simpatía de algún ingenio superior y lo tentara á traer á la vida perdurable del arte-con todo el vigoroso relieve que reclama—el romance de esas almas hurañas y altivas, de corteza selvática y corazón rebosante de impulsos generosos, que tienen algo de héroes y mártires por la vida de sufrimiento, de lucha y de desamparo en que se extinguieron bajo el sudario de la muda inmensidad..

Algunas de estas narraciones han visto ya la luz; las restantes son inéditas. Y, dada la indulgencia con que fueron acogidas las primeras me determino á presentarlas reunidas en este volumen, pues siendo de substancia idéntica pienso que no serán indignas de la recolección

Con todos sus errores y deficiencias, creo que el conjunto

constituye una obra de buena fe, y si proporcionara algún placer al lector habrá superado el impulso que me movió á escribirla

Sé de antemano que una simpatía tendrá, la de mi compañera de ensueños y de afanes que me confortó en las horas de desaliento, y cuyo espíritu ha cruzado más de una vez para proyectar un rayo de ternura sobre estas páginas deleznables que hoy le ofrendo en una fecha que nos es querida

Martiniano Leguizamon,
Buenos Aires,
abril 8 de 1906,

1

El puñal tradición del pago

I

Se pone el sol en el sosiego de la tarde otoñal. Sobre la pálida claridad del cielo, largas franjas de color anaranjado rayaban el horizonte. Abajo las sombras se alargaban, se extendían á raíz del suelo tiñendo la campiña con ese azul indeciso y frío de la media luz crepuscular

En los ramajes se oían ruidos apresurados de las aves que buscaban el nido; de pronto un trino de calandria ó de boyero vibraba en el silencio y se apagaba luego en un silbo muriente, y, á lo lejos, entre los ramosos sarandises de algún arroyo el enlutado caràhu lanzaba ese grito de dolor inexplicable, al que según una leyenda de las selvas lo condenó la maldición materna..

Por entre una abra del monte de espinillos se veían humear los fogones del campamento, al que un chasque acababa de llegar sofrenando con un brusco tirón de riendas al caballo transido que chorreaba sudor

Las miradas de los soldados atisbaron curioseando, los pescuezos se estiraron para escuchar. Se hizo un grave silencio. El jefe no sabía leer. Entonces un viejo sargento en cuya chaqueta lucía un retacito de la cinta encarnada de los vencedores en Maipú vino en su auxilio. Pasó gravemente la mano para alisar las arrugas del pliego y empezó á deletrear musitando las sílabas; repitió varias veces la operación hasta que levantó la voz y leyó: Procure sorprender las fuerzas invasoras, peléelas tratando de agarrar vivo al salvaje unitario que las manda

El garabato de la firma fué un nuevo inconveniente. Con la mirada reconcentrada en aquellos rasgos le vieron trepidar; la mano izquierda se rascó la cabeza instintivamente como buscando luz; resolló con violencia en una especie de bufido que hizo temblar el papel; había comprendido al fin, y dominando al grupo alzó la vista

para decir con desabrimiento: Pascual Echagüe. -Badana!-barbotó despreciativo uno de los oyentes reflejando en aquel mote la intensidad del odio de los nativos hacia el general foráneo

Los ojos del jefe chispearon imperativos y el comentario cesó. Interrogado el chasque por la posición del enemigo, hizo un ademán vago señalando un rumbo al naciente. Oyóse una orden breve, Los soldados se desparramaron jaraneando. Uno de ellos cantó, y, en el silencio del atardecer, la voz del payador vibró trémula al principio como una queja, luego la onda se hinchó sonora al alejarse desgranando las melodías plañideras de uno de esos tristes de la tierra que parecen reavivar las queridas ausencias..

Un repiqueteo de cencerros en las tropillas rodeadas á campo para ensillar los de reserva extinguió los trinos del cantor

Y un instante después, los caballos de ojos vivarachos y las cerdas lustrosas, de esos que no necesitan ni rebenque ni espuela, aperados en larga fila tascaban impacientes las coscojas de los frenos

Hubo otra orden y el escuadrón se puso en movimiento, se estiró culebreando y desapareció como una sombra bajo los espinillales en flor. Mandaba aquella gente un hombre moreno como de cincuenta años, ancho de hombros, alto, de nariz aguileña, ojos pardos, vivos y audaces, con la barba y la melena renegrida y enmarañada

Se llamaba Crispín Tacuabé -***la lanza brava según el mote con que sus camaradas le designaban haciendo un símbolo de su apellido indígena y del empuje formidable de su brazo***~ y era uno de esos militares surgidos de las últimas filas, cuyos ascensos conquistados sobre los campos de batalla podían contarse por el número de heridas que mostraban en el amplio pecho taurino como una ejecutoria de su valor

Su fama de valiente hasta rayar en lo temerario era tan mentada como su rudeza. Guapo y bruto como el tape Tacuabé, se oía decir sin que el segundo calificativo amenguara la sincera estimación que sus compañeros de armas le consagraban

Al mismo aludido no parecía molestarle; por el contrario alardeaba su ignorancia demostrando así que para ser lo que era, para llegar donde él había llegado no se necesitaba despestañarse sobre las páginas del libro, «ni calentar los bancos de la escuela»

Su único maestro fué la vida de penurias, la brega con el bruto y

la fiera en el desamparo de la naturaleza en que parece rondar emboscado el destino, acechando al hombre para templarle el alma y dar vigor á sus músculos; aguzándole los sentidos hasta adaptarlos al medio ambiente; enseñándole á valerse á sí mismo, y dejando con el andar de los años, como las aguas del arroyo sobre la arena de sus márgenes, ese sedimento de todo lo que se ha visto y aprendido que se resume en una sola palabra: experiencia

Se había abierto camino así, empujándo recio semejante al toro que atropella al vacaje para salir á la orilla á desafiar el peligro, «sin mezquinar el cuero ni boliar el anca cuando era necesario ir de frente bajo aguaceros de balazos, abriéndose cancha entre cuadros de lanzas ó de bayonetas, cantando el golpe del sable ó del facón que centelleaba con fugaces lampos; hasta destacarse con la aureola del renombre que nadie hubiera osado negarle, sin exponerse á sentir en el cuerpo algunos palmos de su pesada lanza de uranday que en sus manazas adquiría viboreos siniestros

¿Por qué había llegado á ser jefe de aquellos hombres rudos y bravos?... No lo sabía, ni nunca quizá se le ocurrió averiguarlo. Se sentía, esc sí, capaz de acaudillarlos en cualquier trance, sabía que no desmerecería ante semejantes jueces en la hora de la prueba con esa admirable baquía gaucha que parece llevar en el tino trazado el rumbo, la adivinación del peligro á evitar, la astucia para burlar la fuerza y el coraje pujante para desafiar la muerte con un soberbio menosprecio de la vida, que ellos tan hermosamente expresan en su rudo decir: «si no van á quedar pa semilla»..

Su pasmosa serenidad en los combates era proverbial; como si dirigiera alguna faena en el rodeo paseaba al tranco á la cabeza de su escuadrón bajo la lluvia de balas enemigas, aguardando sin impaciencia la voz del clarín que lo mandara cargar. Algunas veces le sentían bromear con là risa siempre en los ojos, refiriéndoles anécdotas de su vida de soldado, cruzada la pierna sobre la cabezada del recado, destalonada la espuela para que resonara al galopar y la mirada errando al azar en las columnas de la hueste enemiga

Los soldados le llamaban el manso-admirados ellos que no sabían de admiración, -por aquella serenidad jamás desmentida con que desafiaba el peligro. Conocían su táctica para entrar en combate y la temían. Mandaba cargar por pelotones y pasaba á

retaguardia «á emparejar las filas», según decía, pero con el propósito de levantar en la lanza de doble media luna al primero que reculase, y cuando los veía enardecidos cerraba espuelas y pasaba al frente, cortándose sólo con el cuerpo encogido sobre las crines del montado, á usanza charrúa, y la lanza cimbrando horizontal hasta estrellarse en la muralla enemiga

Abierto el portillo, entraban los que venían detrás, las cabezas melenudas se erguían altaneras, las chuzas se revolvían dando botes, relucían sables y facones, giraban silbando las boleadoras, algún trabuco desparramaba su carga de recortados como un pantallazo tirado al montón, mientras el clarín voceaba á degüello en medio de la confusión del entrevero..

Si el enemigo arrollaba, «á ordeñar la victoria hasta la última gota» solía decir riendo con su ancha risa de campero que brotaba á borbollones por entre el fosco matorral de los bigotes. De lo contrario, á escabullirse como pudieran para tentar la revancha en la primera ocasión, porque la fortuna como la taba-según su símil favorito no siempre se clava con el lado liso pa'rriba...

II

La noche, entretanto, empezaba á diluir las tinieblas en una vaga claridad. Palidecían las estrellas y se apagaban de golpe, sin chisporroteos como fuegos lejanos. Sólo la luna vagaba majestuosa en el cenit llevando por guía la antorcha rutilante del lucero

En el oriente las palideces se coloreaban, una angosta franja rojiza comenzó á destacarse, luego otra más roja asomó detrás: eran las barras del día. El toldo del cielo se estiró hasta el confín todo vestido de color celeste, la luz barrió las últimas brumas, y entonces por entre el cardal de la hondonada de una cuchilla se vió pasar á trote largo al escuadrón de caballería

Sobre aquella masa obscura de jinetes, semejante á la raya que trazan en el cielo las alas de una bandada de aves tendidas á volar, palpitaban trémulas las rojizas banderolas. Coronaba la cuchilla un palmar de yatáis. Una descarga de tercerolas estallando de pronto en el silencio hizo caracolear los caballos de los que iban á vanguardia

Mandó el clarín ataque, el escuadrón se tendió en línea de pelea,

brilló al frente la moharra de doble media luna, se oyó una voz estentórea y seiscientos cascos arrancaron en medio de una gritería ensordecedora... Bregaron largo rato, hasta que la fuerza atacante empezó á retroceder deshecha y se desparramó bravamente sableada á través de la llanura, por aquellas tropas que ostentaban una bandera celeste

Al caer la tarde, cuando los dispersos fueron cayendo al lugar en que el corneta tocaba reunión, notaron que faltaba casi medio escuadrón. La lanza de doble media luna faltaba también. Y los comentarios sobre la probable muerte del formidable lancero comenzaron

-Yo lo vide atropellar al centro donde estaba la bandera--contaba uno

-Juyó después rumbiando pa lo más tupido del monte-añadía otro

-A la cuenta lo achuraron

¡Era tan manso y corajudo!-agregaba un tercero con la voz velada de recóndita emoción

-¡ Hum! Trabajito les ha de haber costao. El tape tiene el cuero más duro que cogote de toruno. Además dicen qu'es retobao pa la bala y la chuza porque lleva una guayaca de escapulario—dijo el viejo sargento de los Andes con ternura admirativa, EL PUÑAL 35 mientras el capitán que permanecía al frente del diezmado grupo con el ceño duro y la mirada escudriñadora fija en las lejanías del monte, nada decía

En el triste silencio del atardecer, el viento traía ecos de alegres dianas, y el humo del vivac de los vencedores ondulaba á lo lejos sobre las verdes copas del palmar

-Los salvajes acamparon-observó con rabia sorda un soldado vendándose una herida de bala que le atravesaba la pierna

¡Mejor!-exclamó el capitán con un gruñido, y una sonrisa enigmática le iluminó el atezado rostro

Breves instantes después el grupo se ponía en movimiento con rumbo á las espesuras de la costa del Uruguay que se azulaban entre vagas brumas..

He aquí lo que había sucedido. En la impetuosa carga Tacuabé llegó hasta el centro de la tropa enemiga y allí se trabó el entrevero en torno de la bandera. No era, sin embargo, aquella enseña lo que

él buscaba. Tenía orden de agarrar al jefe, pero el jefe no estaba allí. El hombre rubio de barba rala, medio colorada, de ojos azules con poncho de vicuña y sombrero de paja que el antiguo granadero de los Andes aseguraba haber reconocido entre los expedicionarios que vió desembarcar en las costas del Uruguay, no se distinguía en aquel brillante grupo de oficiales que peleaban al frente de las tropas

Entonces comprendió la estratagema.¡Me bolió lindo el porteño!- se dijo. Mandó sablear mientras él seguía camino... Pero yo también... Y sin cavilar más combinó rápidamente su plan. Ordenó al capitán que se aguantara retrocediendo después para arrastrar al enemigo en su persecución, y cuando cayera la noche que siguiera el rumbo convenido procurando incorporársele

-Tocá degüello- mandó en seguida al corneta y atropelló lanceando como un torbellino sobre el ala derecha, rompió la línea á pechadas y se perdió en las espesuras seguido de treinta jinetes.. Los invasores creyendo que aquello era la fuga del jefe, cargaron al resto de su gente y la acuchillaron haciéndola volver caras hasta que se desbandó. Satisfechos con aquel primer triunfo y para dar descanso á las tropas acamparon en el mismo lugar.

III

Junto á las barrancas de un arroyo que bordeaba una tupida arboleda de molles y coronillos se veía parpadear la llama rojiza de una fogata. En torno había varios bultos arrebujados en gruesos ponchos; cerca en la vaga sombra, los caballos á soga pacían tranquilamente. Más allá imperaba la 1 penumbra densa, el silencio temeroso de la noche bajo el nítido cielo que acribillaban las estrellas

Al pronto se sintió un ligero rumor en el pajonal de la costa y un carpincho asustado se tiró á la corriente gritando ¡ap! ¡ap!... En el fogón nada se movió. Aquellos hombres debían haber caído rendidos de sueño y de fatiga después de tres días de marcha continua

Entonces de la sombra circundante se irguieron otros bultos que avanzaron despacio formando círculo hasta cerrarse sobre los dormidos. Resonó un grito estentóreo: «¡ Nadie se mueva!» Y

bruscamente ante las bocas de treinta tercerolas despertaron haciéndoles comprender que era inútil resistir, y aquellos hombres bravos que iban en pos de una aventura suprema desafiando los peligros de la tierra hostil, sintieron que toda esperanza de salvación les abandonaba y sus corazones flaquearon acongojados por el infortunio

Desarmados y bajo segura custodia se les hizo alejar. Junto al fogón sólo quedaron dos hombres. Blanco, pálido, de frente espaciosa coronada de cabellos rubios, de barba rala, casi colorada como el fino bigote, pequeña la nariz y la boca, v los ojos celestes de tranquilo mirar, el primero. Vestía chaquetilla militar de paño obscuro sobre la cual resaltaba del lado del corazón la gran estrella de oro de la Orden del Sol. Tenía un ponchillo de vicuña anudado al cuello, sombrero de paja, pantalón negro y botas granaderas, y, como insignia de su alta jerarquía pendían de la cintura los tiros de la espada que se melló sableando godos en Río Bamba y Moquehua, la cual retenía en la mano contemplándola con admiración, el otro

Un tape fornido con cabellera á la nazarena, renegrida como la barba y los foscos bigotes, de ojos grandes y audaces, sin más distintivo que un galón dorado en las hombreras de la casaca, pues el chiripá de balleta punzó que caía hasta rozar las botas de potro calzadas con enormes espuelas de plata, le daba más bien el aspecto de un simple campesino

Hablaban. Soberbio, impetuoso el primero-arengando en nombre de la patria esclavizada por el sanguinario verdugo que los mandaba á morir como reses, que los hacía encanecer en los campamentos, lejos del hogar, sin cariños, desnudos, sin paga, mientras él vivía tranquilo en su mansión de la ciudad amurallada de soldados, cerca de las crujías donde todas las mañanas se oían crepitar los fusiles que mataban prisioneros, hermanos, hijos todos de la tierra, hasta infelices mujeres por el crimen de amar... Callaba el otro sin encontrar palabras para contestarle, tocado tal vez en lo hondo de la entraña por la profética altivez que lo deslumbraba

Pero él no entendía mucho de esa voz patria. Más allá de las fronteras de su terruño, empotrerado por ríos caudalosos, había oído decir que existían otras provincias hermanas con algunas de las cuales más de una vez guerreó... Para gobernarlos les bastaba su caudillo local que mandaba en lo propio, obedeciendo hasta por ahí

no más al loco de Palermo, y á quien el mejor día le había de hacer sentir el poder de sus garras. Lo que sí no querían, lo que no permitirían nunca, mientras Dios les prestase la vida, eran alianzas con gringos, como esos barqueros franchutes á quienes ya les habían meneado bala en las barrancas del Nancay, y á los que con ellos se juntasen de punta y hacha, sin asco como á los godos de antes, cuando Pancho Ramírez..

Orillando el punto vidrioso, el militar volvió á su tema de la redención de la patria que el verdugo demente encharcaba de sangre, y á cuya causa se había entregado con todas las potencias de su ser, lamentando solamente esta peripecia que desbarataba su plan cuando creía burlado al enemigo y escarmentado por el sable de sus soldados

Sin embargo, la bandera redentora no caería. El no era al fin más que uno de los cruzados, otros vendrían en pos hasta hacerla flamear victoriosa, allá en la plaza porteña de los históricos recuerdos. Sonrióse el paisano como dudando, y le refirió lo ocurrido durante la refriega.-Ya veía como él también sabía boliar á los militares de letra menuda-y al pronunciar aquellas palabras con su aire simplote de campesino, los ojos astutos se le iluminaron y la amplia risa brotó á borbollones por entre el matorral de los foscos bigotes

El militar no respondió, y el silencio. hondo, supremo, casi trágico volvió á imperar. Cerca, desde la copa de un coronillo partió el grito fatídico del caburé congregando á las aves para elegir su presa, y al instante el ramaje despertó estremecido de aleteos alterados y de chirridos de espanto en torno de las pupilas amarillentas del carnicero fascinador

Un pájaro negro con las alas extendidas tiróse del árbol y pasó como una flecha á hundirse en la noche..

El gaucho, sin explicárselo, sintió un escalofrío, como si un soplo helado le hubiera recorrido por toda la piel erizándole la melena; ante aquel presagio de sangre se alteró y miró de soslayo al militar. Una calma serena resplandecía en sus pupilas celestes. El fuego que iluminó hacía un instante la frente espaciosa se había vuelto nieve. Y la gran estrella de oro brillaba inmóvil sobre el corazón que no parecía conturbado por ningún afán..

¡Ah, era rico el temple de aquella alma valiente que el pequeño

cuerpo no dejaba adivinar! Entretanto, en el cerebro del paisano algo obscuro, confuso debía pugnar. Parpadeaba frunciendo gravemente las cejas, la risa había huído de sus ojos y resoplaba de una manera extraña mirando las brasas del fogón que morían bajo una capa de ceniza blanquecina. Dos o tres veces salivó, pero la palabra renitente no acudía á sus labios y caía de nuevo en penoso mutismo. Parecía que su impotencia lo martirizaba….

Venía amaneciendo. La obscuridad de la noche también luchaba allí abajo con la lívida luz que bajaba de la altura. Un viento de tempestad azotaba los ramajes y una menuda garúa que mojaba el aire, empezó á cernirse deshilachada por las rachas furiosas del vendaval

Entonces, bruscamente se irguió y tendiéndole la mano en que temblaba la espada, dijo con sencillez magnífica por su ruda y conmovedora elocuencia:

-General, á mí me ordenaron agarrarlo peliando y no lo conseguí... A los machos como usté no se les prende dormidos... Mañana, en alguna lomada puede ser que cumpla la orden.

Las pupilas celestes titilaron enturbiadas por una lágrima, y los brazos del león que Bolívar aconsejaba retener enjaulado para soltarlo entre las polvaredas de la pelea, se anudaron el cuello del montonero, tocado hasta el enternecimiento por la hidalguía de semejante rival..

Y cuando se separaron, para irse cada cual con los suyos, el tape llevaba á la cintura un pequeño puñal con que el valiente entre los valientes había premiado su generosa acción

Muy risueño, jaraneando sobre las peripecias del pasado encuentro, en el instante en que empinándose en los estribos aflojaba las riendas para galopar bajo el azote de la lluvia, se oyó el timbre sonoro de su voz que cantaba: Si anudaras á mi lanza Morochita, tu pañuelo, Cómo lo haría flamear En medio del entrevero. Ante el grupo de aquellos hombres hoscos se alzó la dulce visión de los recuerdos inextinguibles, esas caras memorias del pago y de la prenda que constituyen su único amor, y entrecerrando los párpados siguieron los ecos de la trova que se perdía robada por el viento llevándose pedazos de su altiva tristeza..

Y agrega la tradición comarcanaque yo escuché á los ancianos

en mi niñez que muchos años después un viejo militar sintiendo próximo su último día, llegó hasta el altar donde se venera la Patrona de la aldea y con mano trémula depositó á sus pies, en cumplimiento de un voto solemne, la moharra de una lanza de doble media luna y un pequeño puñal de cabo cincelado en cuya hoja se leía grabado este nombre: ***Juan Lavalle***.

2

El forastero

Por entre vahos de cerrazón que filtraba la luz descolorida del alba, el monte iba asomando sus ramajes húmedos de escarcha. Y en el limpión de un abra-dominando el ñandubaizal circundante como si hubiera llovido ceniza blanqueaban las techumbres de la estancia, en uno de cuyos corredores estaba parado un joven de rostro trigueño que ensombrecía la barba renegrida y luciente como un esmalte. Sus pupilas de reflejos verdosos miraban fijamente hacia los follajes que el viento estremecía, sugestionada el alma tal vez por la helada soledad de aquella naturaleza triste, sin cantos, sin aromas, sin rumores, como si la muralla opresora de las tupidas ar4 boledas hubiera apagado las palpitaciones de la vida..

Bruscamente el eco de una voz le arrancó de su ensueño haciéndole volver la cabeza. Era un negro viejo que avanzaba por el sendero muy atareado en ingerir un tiento á la trenza del lazo. Metía la lezna, escupía el tiento y lo hacía pasar con suave tirón hasta dejarlo parejo; observaba un instante y volvía á dar otra puntada canturreando mientras trabajaba : La lechuza es batará Y el tero picaso overo, El tero pone en el pasto Y la lechuza en su augero

Al terminar la estrofa una expresión cómica le alegraba el semblante, zangoloteaba el cuerpo atorado de risa mostrando los blancos dientes intactos, y dando otra puntada repetía el grotesco cantar

El joven sonriendo le interrumpió:

-Vea, Calixto, marque en la paleta los terneros barrosos más lindos para bueyes; y que no pierdan tiempo pialando. Lazo corto, y en cuanto pisen la puerta del corral, al suelo, aunque sea de la cola, pues son muchos los orejanos y hay que terminar en el día la marcación

El negro hizo una señal de asentimiento y se alejó por el sendero desgranando las notas de su estribillo, lento y monótono como zumbido de mangangá

En ese instante varios jinetes se detenían junto á la empalizada del palenque. El que venía delante, empinándose en los estribos, saludó:

-Buenos días, patrón.

-Muy buenos. ¿Como les ha ido?…..

-Lindamente. Ya está encerrada la hacienda. Han caído en la voltiada los toros matreros. Viene un bragao con las guampas machasas cómo pa chifles. Bravo y traicionero lo mesmo que víbora yarará... Se nos empacó en el sarandisal ¿sabe? y nos cornió un caballo...

-Métanle lazo, con eso Calixto que tiene buena mano le corta las... achuras canta su canción de la lechuza. y le

-Vamos, muchachos-dijo el capataz,yo se los viá enlasar y lo saco puerta ajuera pa que le hagan sonar el lomo contra el suelo.

Y con la faz iluminada de esa alegría hombruna que les dilata el pecho cuando retozan con el peligro, el paisano preguntó :

-Diga, patrón, si lo muento al bragao con la cara pa atrás y le clavo las lloronas ¿qué me regala ?...

-Te regalaré mi pañuelo colorado de seda para que lo luscas como golilla esta noche en el baile.

-¡Ya estuvo!-añadió gozoso encaminándose al corral seguido por los pialadores.

Breves instantes después se sintió una ruidosa algazara; luego una voz alterada que prevenía el peligro: ¡guarda el toro!... El toro furibundo se venía sobre el lazo con los cuernos bajos persiguiendo al enlazador, pero el jinete revolviendo el montado esquivaba la embestida y el animal pasaba huyendo en medio de las burlas de los pialadores. Detenido bruscamente en la carrera por un cimbronazo se paraba de golpe, escarbaba el suelo aventando la yerba pisoteada, el borlón de la cola chicoteaba sus flancos, llameaba la córnea rameada de sangre y una baba espumosa le caía del belfo palpitante. Volvía el jinete á azuzarlo haciéndole viborear la trenza del lazo ante los ojos; el toro meneaba la cabeza amagando cornadas y arremetía bufando, y otra vez una tendida de riendas, un grito breve y la diestra cabalgadura giraba veloz describiendo un círculo, y la cornada apuñaleaba el vacío. El lazo se estiraba crujiendo como una maroma; la res aprisionada se revolvía lanzando bramidos estentóreos, humillada, impotente, rendida en

aquella lucha admirable de destreza y coraje con que el hombre burlaba su fuerza bruta y su fiereza. De pronto cambió de táctica, se empacó. El gaucho aflojó entonces el lazo y empezó á acercársele presentándole el anca del caballo. Estremecido el cuerpo de temblores, la mirada fiera, enhiesto el cerdoso testuz y las agudas astas amenazantes como la media luna de una lanza gigantesca, la bestia inmóvil, resollaba ijadeando.

Las risas y las burlas enmudecieron de repente. Los rostros cobraron un gesto grave de anhelosa expectativa. Cada paso atrás del caballo acortaba la distancia. Vuelto el rostro hacia el animal, el jinete observaba sus movimientos sin pestañear, con el rendaje firme en la mano. izquierda, arrollado el lazo en la derecha y las espuelas prontas para pinchar los ijares... Transcurrió un minuto lento, angustioso, trágico.

-¡Chá, chá, torito!-dijo la voz serena del enlazador que resonó extrañamente en el vasto silencio.

El toro emperrado no se movió. Crispado de espanto, con las orejas amusgadas y el cuerpo encogido, el dócil caballo reculó otro paso temblando. Sobre el tramo de espacio que lo separaba del toro la trenza extendida parecía una culebra.

Sonó de nuevo la voz; ¡chá, chá, chá... torito!... Al fin la bestia acosada encogióse en los garrones, bajó la cerviz, los ojos flamígeros se cerraron de golpe y atropelló. Sonaron las rodajas al clavarse haciendo dar un brinco al caballo que se tendió á un costado, en el momento en que uno de los cuernos le hendía la cola arrancándole un mechón de cerdas. El lazo se estiró echando humo al ceñirse en las astas con violento tirón, oyóse un ruido seco y la trenza cortada junto á la argolla serpenteó silbando en el aire y alcanzó al jinete que, en vano trató de evitar el chicotazo abrazándose al pescuezo del montado.

Libre la bestia embistió á los pialadores y los desparramó. Entonces se irguió bravía, las pezuñas rayaron el suelo levantando remolinos de polvo, el borlón de la cola le chicoteó las ancas, y sus broncos bramidos estremecieron las espesuras. Dió un paso preparándose á concluir con el enemigo que allí cerca, atontado por el golpe permanecía inmóvil, con el rostro intensamente pálido, veteado de surcos jizos,

Más allá, sus compañeros á pie, impotentes para socorrerlo

contemplaban anhelantes la escena paralizados de asombro. Como si se gozara en prolongar la terrible agonía, el animal avanzaba lentamente olfateando á raíz del suelo, erizados los pelos del cogote, el hocico empapado de espumarajos y las astas blancas de sol. Acortábase la distancia; un tranco más y el toro estaba encima del jinete.

En ese momento otro jinete surgía de las espesuras del monte y lanzando un alarido de desafío para atraer á la res embravecida, avanzó á media rienda blandiendo un arreador

Fué un episodio estupendo de belleza viril, veloz como el zigzag de una centella que á pocos ojos humanos les habrá sido dado admirar. Un pobre gaucho desconocido que llega por azar al sitio donde un hombre inerme está próximo á sucumbir, y con esa suprema abnegación que arroja á la muerte la vida propia para salvar la ajena, se precipita á desafiar el peligro, sereno y altivo, sin un temblor en la entraña. No se oyó una voz, los alientos se paralizaron, todas las miradas permanecían clavadas en aquel cuadro de imponencia soberbia. Con las crines trémulas, alta la cabeza y el ojo azorado, el caballo corría á toda furia enloquecido por aquel forastero, que alzándose en los estribos hacía zumbar los chasquidos del arreador mientras voceaba su reto vibrante: ¡Hop! ¡hop! ¡hop!... Y ante el grupo asombrado, cuando ya la bestia alcanzaba al herido para envasarlo, el jinete llegó y la pechó de través

Hubo un choque violento, de rudeza salvaje, sonó un quejido sordo, y el toro, y el caballo, y el jinete rodaron confundidos entre una polvareda. Partió entonces un alarido de pavor. Luego otro de loca ansiedad hinchó los pechos de los espectadores. El forastero se había enderezado esgrimiendo el facón, y atropellando á la bestia le sepultó la hoja hasta la empuñadura. Balanceando la cabeza como atontado, el toro dió unos pasos trastabillando, las rodillas se le aflojaron, amagó todavía una cornada al vacío, blanqueó los ojos y un cuajarón de sangre le ahogó el último mugido...

Aquella tarde al oir comentar en el fogón de la estancia su hazaña, el forastero turbado se excusaba :

-Vaya, no hay pa qué mentarlo... no hice más que dar una manita á un hombre medio apurao...

Y cuando lo invitaron para el baile que debía celebrarse esa

noche, el hombre suspirando respondió: . ¡Amalaya!... pero yo también ando medio apurao... me vienen pisando el rastro. Me desgracié; jué peliando sin ventaja; maté de frente... El finao quedó boca arriba, porque no me dieron tiempo pa darlo güelta, y eso es de mal agüero...

El patrón lo miró fijamente, las pupilas del forastero brillaban tranquilas, no mentía. Y sin averiguar más de la vida de aquél hombre, tocado por esa secreta simpatía del infortunio, le dijo con la vieja hidalguía campesina:

-Mi tropilla de alazanes está en el corral, vaya amigo y métale el freno al que le guste, todos son como para torear alcaldes. El forastero no se hizo repetir la oferta. Breve rato después, misterioso y taciturno como había llegado, su sombra se borró entre la oscuridad de la noche sin estrellas.

3

Primitivo

I

De pié, acariciándose la desaliñada patilla mientras hablaba, el viejo maestro de la aldea decía aquella mañana á sus discípulos: -No olviden esta sencilla máxima, grábenla en la memoria, y cuando vayan á cometer una mala acción recuerden que el hombre debe llevar la frente alta sin tener nada de qué avergonzarse. Rectos como los árboles que alzan su copa para mirar al cielo, así los quiero ver siempre, hijos míos... Dejó de hablar y contempló al grupo silencioso; cerró después las tapas del catón y tendiendo la mano huesuda, de venas hinchadas que se entrecruzaban bajo la piel amarillenta como un racimo de sarmientos secos, interrogó: -¿A ver tú, si has aprendido al fin la fábula ? Desde el fondo del aula, una voz temblorosa como templada en recónditas amarguras, avergonzada, tropezando á cada palabra empezó á balbucear: Arbol que... crese... torsido Jamás su tronco ende... enderiesa... -Endereza, sin i, con zeta; endereza se dice.-¿ Parece que te cuesta mucho la palabrita, no?... Los compañeros observaron en silencio, compadecidos por aquella rudeza invencible que causaba la desesperación del pobre maestro; sólo uno sonrió desdeñoso, mirando al aludido en cuyas pupilas chispeó una llamarada de cólera sorda y bajando la cabeza continuó : Pues... se hase naturalesa El visio... con que... ha cresido... -Y bien: eso eres tú. Arbolito torcido que no quiere enderezar el tronco. ¡Ah! ya te pesará, rebelde. ¡Ya te pesará!... Era el amonestado un mocetón fornido, de rostro moreno con los ojos huraños, de torvo mirar que sombreaban renegridas pestañas, de frente lisa y estrecha casi totalmente cubierta por un matorral de greñas y las manos anchas y cortas como garras de jaguar. Había entrado de los últimos á la escuela y no se distinguía ni por la aplicación ni por sus sentimientos de compañerismo. Esquivo y desconfiado, jamás quiso

participar de los juegos durante el recreo; no contestaba sino por monosílabos ó movimientos de cabeza cuando le dirigían la palabra, pues hasta el nombre lo dijo refunfuñando con una especie de gruñido áspero al ser interrogado por el preceptor. --Primitivo-respondió,-y al preguntarle cuál era su apellido permaneció callado breve rato y volvió á repetir: «Primitivo» con la voz vacilante como si aquella gunta despertando en tropel muchos recuerdos dolorosos le hubiera causado estupor. pre¿Sabía él acaso cuál era su «apelativo»? Nunca quizá se le había ocurrido averiguarlo. Hijo de una infeliz puestera--la china Sinforosa como la llamaban en las estancias donde servía de peona-conoció á varios hombres que lo mandaban y castigaban por cualquier motivo, algunos de ellos comían y dormían alguna vez en su rancho miserable, haciéndolo á un lado para que no estorbara, sin recibir jamás una caricia ó una palabra de amor... Pero entre aquellos recuerdos de la triste infancia, existía uno ante el cual se detenía á menudo su pensamiento, evocándolo con secreto placer. Era el de un militar á quien su madre le había enseñado á llamarle padrino y á pedirle la bendición. Alto, corpulento, de cara risueña, con una gran cicatriz en la frente y la barba crespa y canosa; ensillaba con herraje de plata y llevaba siempre un arreador con virolas de oro en el cabo, cuya azotera de pesada trenza, quién sabe por qué, nunca le había cruzado el cuerpo como lo hacían los otros, á lo locos, sin lástima. Tal vez por eso lo quería con la ternura medrosa del guacho infortunado que ni siquiera se cree con derecho á manifestarla temeroso de ser importuno. Sabía que era militar, comandante, según oía decir á los vecinos al saludarlo, y se lo imaginaba guapo, capaz de una hombrada cuando lo veía montar y bien plantado en los estri5 bos, lo miraba alejarse al trotecito mientras el pingo escarceador iba haciendo bulla con el pretal y la pontezuela del freno, hasta que se ocultaba tras el repecho de alguna cuchilla. Un día no vino más. Pasaron muchos días y tampoco apareció. Su madre le dijo. entonces que se había ido á poblar una estancia en un pago lejano, pero que alguna vez pegaría la vuelta, y al pronunciar aquellas palabras notó que se le hinchaban los ojos de lágrimas. Ella debía quererlo mucho también. ¡Era tan bueno su padrino!... Y aguardando el regreso que no llegaba nunca, se consoló al fin con refugiar en el corazón el recuerdo del ausente,

para acariciarlo en sus horas de soledad... Depués lo arrearon á la escuela que sería un nuevo suplicio para aquella existencia torturada, cuya estrella parecía alumbrar desde la cuna asperezas de calvario. Inteligencia ruda, impenetrable á la luz, no le entraba la letra ni con sangre. Empantanado en el abecedario, sin distinguir ni la o por redonda, no tuvo mejor éxito en la primera fábula del catón. El maestro se desesperaba; toda su pericia se estrelló en el emperramiento pertinaz de aquel potro cerrero. Los castigos brutales se repetían en vano. Esgrimía entonces como recurso supremo para despertar la fibra oculta su moraleja del árbol torcido. ¡Sermón perdido! En cuanto llegaba á la temida palabra, el mocetón inclinaba la frente avergonzado, se le enrojecían los ojos y con la voz ronca, trepidante, repetía invariablemente:enderiesa... La cosa á fuerza de repetirse causó gracia y Primitivo encontró un apodo para suplir el apellido, le llamaron : El torcido. Y como no servía más que de estorbo, el maestro se declaró vencido y le dió puerta franca. Empezó entonces el duro aprendizaje de la vida adulta. De cuarteador en la galera, calado por las lluvias, azotado por el pampero, entumecido por la escarcha ó tostado por el sol canicular; vadeando ríos desbordados, hundiéndose en los fangales de los esteros, herido por los ramajes de los matorrales que se abalanzan al sendero como tirando tajos; á galope siempre delante de las yuntas chúcaras que disparaban bufando al sentir los chasquidos del látigo del mayoral ó el ruido de los cascabeles de las colleras; expuesto á cada instante á rodar y á quedar aplastado como un guiñapo bajo las ruedas del pesado vehículo en cualquier recodo del camino... De soldado en el piquete policial después, hasta el día en que sintiéndose ya hombre, con todo el caudal de experiencia recogida en aquella escuela del vicio y la holgazanería se decretó la baja y ganó los montes para vivir la vida azarosa del matrero, desarrollando sus instintos sin trabas, como si una ansia vengativa por todo lo que había sufrido al exacerbar su fiereza nativa le empujara fatalmente á la violencia y al crimen. El vaticinio del maestro estaba cumplido. Aquel arbolito rebelde que no quería enderezar el tronco, era ya un árbol corpulento de ramaje agresivo y espinas aduncas. Uno de esos árboles que abren cancha extendiendo los gajos como zarpazos, que ahogan á los más débiles irguiéndose solitarios en medio de la selva, y en cuyos troncos

nudosos no trepan las enredaderas para lucir al sol matinal sus graciosas corolas, ni en sus copas sombrías jamás se posan las aves á cantar. Semejante al aguaraibá bravo de nuestros montes, de cuya sombra letal se alejan los paisanos con supersticioso recelo, El torcido se destacó entre las gentes de su calaña imponiéndose por la fiera y pujante bravura, sin que á través de sus bruscas. pasiones brillara jamás un fugitivo rasgo de hidalguía ó de clemencia. Llegó así á capitanejo de una gavilla de matreros, y en una de las frecuentes revoluciones de los tiempos viejos se incorporó á los revoltosos anudando al chambergo la divisa que le dieron y marchó á combatir, más que por la causa, por el áspero placer de teñir la banderola y mirarla plegarse mojada sobre el astil, para mostrar que su lanza no había andado ociosa en los bárbaros entreveros...

II

Caía la tarde de un lento crepúsculo primaveral. Sobre el anchuroso llano resonaba el vocerío de la hueste vencedora, y el. galope de las cabalgaduras de los que huían para escapar al encarnizamiento de la persecución. El lazo y las boleadoras habían entrado en juego en aquella labor de exterminio. No se daba ni pedía cuartel. Se mataba peleando cuerpo á cuerpo, en lances singulares; los vencidos caían sin un quejido con la altivez de las almas cerriles, indómitos hasta el último latido... Varios hombres de la gente de Primitivo se alejaron del campo de batalla persiguiendo á un fugitivo. Brillaba el sol en la plata bruñida del pretal y los grandes estribos. Debía ser un jefe rico, sin duda, por el lujoso chapeado y el caballo que montaba, un brioso moro que corría parejo levantado en el freno por el jinete para mantenerlo lejos del alcance de las boleadoras. Habían entrado en el bajío de un cañadón manchado de flores moradas y de blancos penachos de cortaderas; á lo lejos, sobre los verdores de una cuchilla las tupidas arboledas de Montiel parecían incendiadas entre las púrpuras del sol que declinaba, y allá arriba, bajo el insondable azul de un cielo claro ni una nube, ni un aleteo de pájaro turbaba la serena quietud... Los perseguidores presentían que la presa se les escapaba y que el carcheo de las prendas tan codiciadas y repartidas de antemano no iba á tener lugar ya, porque la noche se venía encima

y sus caballos empezaban á aflojar. Cuando de repente hundió el moro las manos en un pozo y dando un brusco balance arrojó al jinete que cayó parado con las riendas en la mano. El animal hizo un penoso movimiento y se enderezó tambaleando sin poder afirmarse. Una punta del hueso del caracú asomaba á través del cuero veteado de hilos rojizos y el vaso pendía como un badajo. Un alarido de triunfo salvaje retumbó en la soledad casi fúnebre, y las nazarenas se clavaron violentas en los ijares apurando las cabalgaduras. El militar se dispuso á morir. Volcó á la nuca el ala del sombrero mordiendo con rabia el barbijo y sacó la espada haciendo espalda en el caballo. Los enemigos lo atacaron atropellándose para ultimarlo. Su espada volteaba veloz parando y repartiendo hachazos, se hunaia en los cuerpos que se ponían á su alcance, hería y era herido á su vez, en aquel encuentro desigual, imponente y mudo en que no se oía más rumor que el continuo ludir de los aceros. De pronto sintieron la voz del capitán que llegaba atraído por la lucha, y desmontando mandó imperioso al avanzar daga en mano: ¡Hagansé á un lao, viá topar a ese toro! Los atacantes se apartaron. El militar lo miró con altanería y aguardó sereno el ataque. Erguido el tronco musculoso, la espada en guardia, las pupilas belicosas, alta la frente que dividía al sesgo una gran cicatriz, los labios contraídos con el gesto de las supremas resoluciones y la blanca barba revuelta, jaspeada de sangre, aquel soberbio viejo alzó de improviso ante la mirada atónita de Primitivo la imagen venerada de su niñez. Avergonzado, titubeante, hundida la cabeza altanera entre los hombros con la expresión conmovedora del dolor y el remordimiento que le estrujaban el corazón como serpientes embravecidas, los soldados le vieron retroceder por la primera vez ante un enemigo, sin atreverse á herirlo. Y volviendo el rostro lívido y trémulo hacia los suyos, aquel hombre doliente tuvo una gran voz, un grito extraño de piedad que parecía salir desde el fondo del alma desgarrada : ¡No lo toquen, maulas!... ¡Ese hombre es mi padrino!... Los gauchos lo miraron azorados al escuchar la orden que les despojaba de las prendas que ya tenían al alcance de la mano. Hablaron en voz baja, brevemente. Estaban solos, nadie los veía; ¿por qué iban á desperdiciar la ocasión de armarse con las pilchas de un enemigo que ellos habían perseguido hasta alcanzarlo?... La codicia pudo más que la obediencia y el temor, y

atropellaron resueltos á rescatar su presa. Primitivo les cerró el paso estremecido por una angustia indecible. Pensaba tal vez que él solo era el culpable, que aquélla era su obra maldita, que él había embravecido los enconos de aquellos hombres enseñándoles á no retroceder hasta saciarlos... ¡Qué horrenda tempestad debía desarrollarse bajo su cráneo tenebroso! Se le ahogaba la voz en la garganta, su acento tenía temblores de llanto, del llanto viril que no asoma á los párpados, pero que revela todo el humano aniquilamiento ante la realidad brutal que desvanece la esperanza. Sobrecogidos por aquella actitud para ellos desconocida, los soldados tuvieron un minuto de vacilación, pero al fin avanzaron de nuevo amenazantes. -¡ Sarnosos, áura verán!-rugió la voz y el cuerpo ágil dió un salto de felino, como si un resorte hubiera distendido de golpe los músculos en aquella irrupción de bravura ciega, enloquecida que no reculaba ante el peligro y los embistió blandiendo la daga implacable que viboreaba abriendo claros. -¡ Sarnosos!.. ¡ Canallas!-exclamaba á cada golpe revolviéndose furibundo dentro del círculo hostil que empezaba á retroceder, acosado por aquella racha de acero que despedía fugaces lampos. -Añá membi-barbotó de repente un tape que los encabezaba, al sentir el envión de la hoja que lo había ensartado y lo arrojaba boca abajo con la mirada espantada, fija en el reguero rojizo por donde se le escapaba la vida. El peligro los hizo remolinar y dieron un paso atrás, esquivando las puñaladas que hundían la daga hasta los gavilanes. El brazo de Primitivo estaba enguantado de sangre. Entonces se sintió crujir en el silencio el gatillo de un arma al martillarse, un fogonazo iluminó el horror de la escena y el gaucho temerario se derrumbó de espaldas con el pecho horadado por la carga de un naranjero. -M'hijo recien te reconosco: ¡ Sos de mi casta!--clamó el militar ahogando un sollozo, y abandonando á los que le atacaban se precipitó sobre el herido y le besó la frente que empezaba á cubrirse con esa palidez terrosa de los agonizantes, . Tras aquella caricia-la primera y tardía caricia-tuvo Primitivo un estremecimiento estertoroso, agitó los brazos como si buscara un cuello para ceñirlos y al encontrar el vacío sus ojos brillaron con el postrer fulgor, y, entre las púrpuras del crepúsculo que moría y la eterna sombra que llegaba, vió rodar al anciano atravesado por el sable de sus soldados. Enderezóse á gatas con el cuerpo crispado

por un espasmo horrible, los labios se entreabrieron para decir una palabra que expiró en un clamor, el rostro lívido se le entenebreció con una niebla de sufrimiento y volvió á caer pesadamente. Y los ojos huraños que no conocían la ternura, quedaron inmóviles, empañados por dos lágrimas grandes y pesadas que la muerte congeló... La noche había bajado ensombreciendo la llanura. En el profundo sosiego de la naturaleza todas las palpitaciones de la vida parecían adormecidas. Ni un trino de ave, ni susurro de brisa rumoreando en las hojas del pajonal. Sólo se veía sombra abajo; arriba en la taciturnidad del nublado cielo asomaba el disco macilento de la luna. Oyóse un ligero frote en las matas de las cortaderas como el de una hoja seca que fuera cayendo. Transcurrieron breves instantes de quietud. El leve rumor se percibió otra vez, las matas oscilaron, algo se movió en la sombra, un grito áspero como un rasgón de bramante resonó en el silencio, y los ecos fueron repitiendo juac, juac, juac... Lejos, en alguna loma solitaria, un terutero alertó. Un minuto después otros aullidos siniestros contestaron á la distancia. Entonces muchas lucecitas amarillentas parpadearon trotando en la obscuridad hasta reunirse en el sitio de donde partiera el primer aullido. Luego avanzaron á flor de tierra, lentamente, agazapándose entre las altas yerbas. Bruscamente se detuvieron, recularon y volvieron á marchar relampagueando con extrañas fosforescencias. Se irguieron de nuevo, adquirieron forma de agudas pupilas, se coronaron de enhiestas orejas; un sordo gruñido mostró blancuras de colmillos, y una cuadrilla de aguaraces famélicos avanzó rastreando los manchones de sangre...

4

Raza vencida

-Te prometo un espectáculo muy grato. Una hierra á la antigua usanza criolla, á campo abierto, sin palenque ni brete. Vas á revivir tu juventud. Cantarás como Radamés á la Aida montielera que llevas en el alma: rivedrai le fioresti embalsamati— exclamó riendo mi amigo en el momento en que su brioso alazán arrancaba á galopar. ~¡La juventud no vuelve!-dije en el mismo tono recordando la melancólica respuesta de Marcelo en la Vida de Bohemia. Y el viento sonoro que parecía jugar azotándonos el rostro, bruscamente cortó las últimas sílabas del diálogo, las deshizo y se las llevó para desvanecerlas en la muda inmensidad...

Bajo un cielo ceniciento que amenazaba tormenta nos dirigimos al rodeo. La pampa rasa, sin una ondulación, se perdía en lontananzas inconmensurables que iba descubriendo la luz matutina. Sobre los pastos húmedos blanqueaba el tapiz crujiente de la escarcha, que el casco de nuestras cabalgaduras moteaba de manchones obscuros. Y allá lejos, entre las descoloridas irradiaciones del amanecer, comenzaba á elevarse lentamente el disco del sol, redondo, enorme, teñido de color de naranja.

A nuestra espalda, dominando el llano, surgía entre la vaga bruma la copa verdegueante de un ombú, y más atrás los techos de teja del caserío de la estancia empezaban á colorèarse. En un descampado del pajonal, como un manchón moviente de abigarrados colores, mugía el ganado y se apeñuscaba chocando las astas para mirar al grupo de jinetes -que andaban eligiendo los terneros orejanos,-con esos ojos enormes y mustios que parecen henchidos de la apacibilidad de las praderas. Un vaho tenue, formado de alientos, flotaba sobre aquella masa uniforme que agujereaba al pronto la aguda cornamenta de algún toro al levantarse bramando amenazador.

Hacia un costado del rodeo, una carreta desuncida alzaba en la diafanidad azulada el crucero del pértigo; al lado ardía el braserío

de una fogata donde se calentaban las inarcas, y en torno varios mocetones de catadura y vestimenta diversa, se movían con desgano friolento preparando sus lazos. Elegido el ternero, taloneaba el jinete su caballo revoleando la armada hasta tenerlo á tiro, zumbaba la trenza viboreando en el aire y se ceñía en las astas ó en el pescuezo del animal; huía éste hasta que el lazo se estiraba cimbrando, bregaba aún reculando, enterraba las partidas pezuñas en el pasto húmedo y balaba desesperado, pero el jinete castigando la cabalgadura se dirigía hacia el fogón al trote largo.

Dos ó tres piales-generalmente frustrados y el ternero ya medio asfixiado caía balando mientras los pialadores le maneaban las patas con un cordel. La operación casi sin variantes, se repetía varias veces, hasta que el tarjador gritaba ¡basta! y en un momento se procedía á señalar y castrar aquel lote. Una leve humareda al asentar la marca candente sobre el cuero peludo, seguida de un balido lastimero; y los animales libres de las ligaduras, chorreando sangre, con los ojos turbios de dolor se enderezaban temblorosos para alejarse en busca de las madres que allá, en la orilla del rodeo trotaban inquietas, mugiendo con ecos broncos.

Algún muchacho que hacía los primeros ensayos en la ruda faena, corría detrás del ternero procurando pialarlo, y si por casualidad lo conseguía, jamás faltaba la sonrisa burlona ó el comentario mordaz para amenguar su naciente destreza, con esa malicia expresiva, de gesto chúcaro y sabor original, inconfundible de nuestros campesinos. De pie, cerca del fuego, seguía el desarrollo de aquellas escenas que evocaban en mi memoria la imagen de otros cuadros y escenas presenciadas en la niñez, con escenario y personajes diferentes, de colorido más agreste y bravío, con mayor garbo y animación.

Aquella hierra no era para mí más que una triste parodia de las de antaño. Desde el paisano disfrazado de hombre semicivilizado con pantalón, alpargata, media larga y boina de lechero, hasta el ganado mestizo, completamente manso por el cruce y el pastoreo en campo llano, bajo potreros de agudas púas, que parecen quitarles la bravura, todo había cambiado, y, sin embargo, la escena era la misma. Pero faltaba en ella el antiguo ambiente, el selvático colorido, el brío violento y hombruno, la soltura, el donaire de las energías cerriles, casi indígenas del verdadero gaucho. Ni melenas,

ni vinchas sobre las frentes altaneras, ni el largo quillapí de cuero de carpincho á la cintura, ni las chilladoras nazarenas destalonadas, ni terneros ariscos, ni aquellos pingos criollos-pequeños de alzada y ojos inquietos, pura sangre y músculo-en que el paisano lucía su admirable destreza de campero...

Aquellos paisanitos de pupilas soñolientas y el andar remiso, sin esa vivacidad del decir ocurrente que caracterizaban al gaucho, me parecían miembros degenerados de la gran raza que se pierde vencida por la ola invasora, sin dejar más que leves huellas de sus rasgos originarios.

Sólo uno de aquellos hombres tenía un vago perfil del tipo auténtico.

Era el que manejaba las marcas, un viejo de rostro moruno, de larga barba canosa, vestido con cierta elegancia de paisano presumido, de chambergo de felpa con barboquejo, bordada chaqueta de merino, bota fuerte con caña charolada y el amplio chiripá de paño negro sujeto á la cintura por un vistoso tirador tachonado de monedas de plata.

Después de atizar el fuego del cigarrillo negro con la uña del pulgar, y tras el chorro de humo que arrojó por entre el enmarañado bigote, el hombre se me encaró preguntándome al pronto: -¿Y, qué le parece la yerra, don...? -Muy diferente á las de otro tiempo. Han cambiado mucho las costumbres; aquéllas eran más animadas, los paisanos se lucían y divertían más, aunque también era mayor el número de animales que lastimaban,-contesté sonriendo.

-A la cuenta, usté será surero-dijo el viejo con el rostro iluminado por los recuerdos.

¡Ah! en aquellos pagos sí que eran lindas las yerras!...

Por supuesto, habrá alcanzao á ver algunas en los Montes Grandes de los Alzaga, en Los Gauchos del viejo Zubiaurre, ó en la estancia de Los Cerrillos de la Guardia del Monte, la más criolla de todas, allá donde supo ser mayordomo don Juan Manuel Rosas.

¡Ju... namante, allí había machos!...

-Conozco solamente la tradición, pero yo me refería á las que he visto en Entre Ríos.

-He rodao, amigo, por esas tierras; he jinetiao en sus cuchillas y bastantes ocasiones he lidiao con la hacienda matrera de Montiel,

en la estancia de don Crispín Velázquez, guampuda y brava como ají cumRAZA VENCIDA 89 barí! Mosada de aguante y corajuda aquélla; media arisca y tajiadora, pero, eso sí, buenos gauchos cuando á uno lo ven en desgracia y le dan palabra de amigo...

-Pues allá también se van perdiendo las viejas costumbres, aunque no tanto como aquí, donde se han civilizado más.

-Ansina será; pero, que quiere que le diga, don; á mi no me dentran estos criollos disfrasados de puebleros, que usan pantalón de bombilla debajo del chiripacito, en lugar de aquel calsoncillo cribao en que nuestras chinas lucían sus habilidades con la auja; que han cambiado la bota de potro por la alpargata y que hasta el mate cimarrón lo toman cocido en jarro y con galleta!... Y si no repare si encuentra un criollo verdadero ni pa remedio.

¡Muy mesturao anda el naipe!...

Velay, aquel del overo rabón, ese mocito surdo, de boina y pito, que priende el laso del lao de montar, á lo ladero, ese que viene allí con un torito enlasao de las verijas, como si arrastrara un mono…..

¡Juá, juá, juáá! ¡Si ya no le falta más que el organito pa ser nación!...

Una risotada festejó la feliz ocurrencia del viejo que, entusiasmado con la evocación de los pasados tiempos, había desprendido su lazo del anca del caballo y se mezcló al grupo de los pialadores pidiendo un barato.

Al notarlo, el jinete se echó encima del animal para hacerlo disparar. El viejo revoleó un instante dejando que se alejara, luego soltando la armada con todos los rollos por encima de la paleta del torito, hizo cimbrar la trenza, afirmó la presilla en el cuadril izquierdo, inclinando el cuerpo hacia atrás y quedó plantado. La armada se deslizó por la argolla, cerrándose de golpe en las pezuñas delanteras, y el animal detenido en la carrera, dió un resoplido violento al sentir el tirón y se tumbó de lomos. La trenza quedó tirante, vibrando como una bordona.

Vale trago!-exclamé entusiasmado repitiendo el grito tradicional de las hierras de antaño y me acerqué al pialador con un frasco de ginebra para festejar su proeza. Entonces, de entre la bullosa algazara partió la voz nasal de un compadrito orillero que, con ese odio bajo de su casta degenerada, murmuraba con risa pifiona :

-¡Mirá qué zapallo!... Con los ojos chispeantes de altivez, el

aludido se volvió rápidamente para responderle muy sereno, sin sombra de alabanza:

-De esta laya eran los zapallos que se criaban en mis tiempos ¿sabés? pero ya se va perdiendo la semilla... Palmotearon riendo los pialadores, mientras el compadrito lívido de rabia echándose el ala del chambergo sobre los ojos salivó con desdén y se puso á silbar la más quebrallona de las milongas del arrabal.

El viejo lo contempló un instante silencioso, luego arrollando tranquilamente su lazo lo volvió á sujetar al anca del caballo y se encaminó hacia el fogón para avivar el braserío en que se calentaban las marcas.

Desde la altura, el sol que había disipado los nublados dejaba caer su vibradora llamarada, intensa y ardiente como un chorro de oro sobre los pastizales de la pampa que empezaba á arrebujarse en los fantásticos cendales de la brillazón. De pie con el gesto duro y taciturno, el viejo miraba fijamente hacia el mudo confín, allá muy lejos, donde agonizan los últimos restos de la raza vencida.

5

El tiro de gracia

En uno de los salones del círculo, varias personas discutían á propósito del nuevo libro de historia nacional recién aparecido.

-Un libro para embaucar tontos-interrumpió dogmático y solemne con la mirada casi agresiva uno de los presentes.

-¡Oh, señor mío-observó amablemente otro, con ese criterio cristalizado nos plantamos otra vez en pleno año.

Y, cabalmente, es la historia de aquella época nefasta la destinada á sufrir mayores rectificaciones para despojarla del matiz banderizo; y son estos libros serenos, sin odios, orientados en la nueva luz, los que con sus investigaciones prolijas desentrañarán la verdad...

La conversación se animaba, y la cita los hechos brutales-esos enemigos imp cables que no saben dar cuartel-iban gándose al respectivo haber de unitaric federales, según el color político del que mencionaba como prueba de descargo.

Cerca de la estufa, arrellanado en un am plio sillón, un anciano de porte distinguido seguía atentamente las peripecias de la controversia, sonriendo de vez en cuando para atenuar las exageraciones intransigentes´ ó la mentira convencional que la tradición partidista á fuerza de repetirla concluyó por encarnar en el alma popular.

Aquel hombre respetable, cultísimo, de la mejor cepa criolla, con esos prestigios del valor probado y de la hombría de bien, había sido testigo y actor en alguno de los episodios sobre los cuales versaba la discusión. Su testimonio adquiría, pues, auténticidad insuperable. Alguien lo interrogó. Y entonces serenamente, ajustando sus palabras á la estricta verdad, sin atenuaciones para que el relato resultara un trasunto fiel del ambiente pretérito, nos contó la anécdota siguiente:

-¡Ah! eran crueles los tiempos aquellos para los vencidos; pero les aseguro que, como reza el refrán español: en todas partes se

cocían habas..

Yo también he sido bárbaro: juzgad-dijo el anciano mientras atizaba las brasas de la estufa, con mano temblorosa, para avivar la lumbre. Y entrecerrando después los párpados, como si allá, en la noche de los recuerdos dolorosos se le representara la escena evocada, continuó:

Fué en 1842; yo servía á las órdenes de Oribe, que al frente del ejército federal marchó desde el Tonelero para batir las tropas aliadas de Rivera, Ferré y López que habian invadido á Entre Rios. Pronto alcanzamos la costa del Arroyo Grande--donde estaba acampado el enemigo-y así que lo avistamos se trabó una de las más sangrientas batallas que registran los anales de nuestras guerras civiles, dado el número de combatientes, la clase de tropas y la pericia de los jefes que las mandaban; pero al cerrar la noche, el ejército invasor quedaba completamente destrozado, algunos centenares de cadáveres de vencidos y de vencedores yacían sobre aquel campo que regó tanta sangre generosa, infinidad de prisioneros, la artillería y bagajes y hasta la chaqueta bordada de Rivera habían caído á nuestro poder...

Entre el grupo de oficiales prisioneros había muchos argentinos, á los que, además del crimen de ser enemigos de causa-segun el criterio de la época-se les acusaba de servir á las ambiciones separatistas de Kivera, que pretendía desmembrar nuestro territorio anexando al Estado Oriental las provincias de Entre Ríos y Corrientes.

Para ellos no había clemencia; la pena sería terrible en su crueldad. -¡Cuatro tiros al toque de diana por traidores!-fué la sentencia breve y horrenda pronunciada por el vencedor al conocer sus nombres. A la compañía que yo mandaba le tocó ejecutarla, y al hacerme cargo de aquellos hombres, cuya desgracia era para mí irremediable, traté de proporcionarles al menos los consuelos más necesarios en tan duro trance. Resignados con su suerte, pero altivos, algunos se limitaron á darme las gracias.

Uno de ellos el más joven del grupo cuya figura varonil viene á mi memoria, evocando la bárbara escena-se adelantó entonces manifestándome que algo quería confiarme. Le había conocido la tarde anterior, durante la persecución, tocándome en suerte el salvarle la vida, cuando con el caballo cansado y sin más armas que

la espada, se debatía bravamente entre un círculo de lanceros que ya iban á ultimarlo, 7 -Capitán-me dijo en cuanto nos apartamos del cuerpo de guardia-usted es un hombre de corazón, puedo confiarle un penoso encargo. No tengo más que dos seres en el mundo que llorarán mi muerte; mi pobre madre y una hermana tullida, á quien ella cuida; tienen un campito en el arroyo de las Tunas, la casa está junto al camino, es muy cerca de aquí, no le ha de ser difícil llevarles mis últimos recuerdos... y si en algo puede ayudarlas, hágalo por caridad, que yo era su único amparo….. Y desabrochándose la chaquetilla, desprendió del cuello un escapulario de la Virgen, que besó conmovido antes de entregármelo. Pronunció aquellas últimas palabras con la voz temblorosa, velada por intensa emoción, pero con una tristeza tan varonil, tan heroicamente resignada, tan contagiosa para la fraternidad del dolor que, sintiéndome invadido por su infortunio y sin meditar en lo que podría sobrevenir, le tendí la mano y le dije rápidamente: -Los hombres como usted no deben morir, porque su vida no les pertenece. Esta madrugada cuando se les forme para la ejecución, colóquese el último, mis soldados le tirarán con pólvora sola, échese al suelo y hágase el muerto, y después que la tropa haya desfilado, arrástrese sin que lo vean hasta aquel montecito de espinillos, donde encontrará un caballo atado á soga, salte en él y huya hacia la costa del Uruguay que el caballo es de gran aguante y está cerca; muy nadador... Luego, devolviéndole el escapulario, le indiqué con una seña que se incorporara á sus compañeros, á fin de no despertar sospechas y me fuí á dar las órdenes necesarias para la ejecución.

Prevenido un sargento y cuatro tiradores de mi entera confianza de lo que debían hacer, empecé á pasearme ante la guardia. Los soldados, contra su costumbre, permanecían callados en torno de los fogones; parecía que á todos había puesto un nudo en la garganta la desgracia de aquellos hombres, que tal vez ayer, peleando á la sombra de una misma bandera, les habían enardecido en la hora del peligro con esa gran voz de los bravos que saben lanzar el soldado á la muerte, orgulloso y heroico...

El silencio de la noche era imponente, una sensación de soledad y desamparo infinito flotaba sobre el campamento, del que partían de tarde en tarde, para aumentar la tristeza de la escena, los ecos

broncos como plañidos de los centinelas que alerteaban. De improviso estalló la vibración larga y clamorosa de un clarín; en seguida muchas otras, límpidas, agudas, como voces que contestaran en la sombra, resonaron á lo lejos desde las divisiones de caballería; hacia el centro los tambores redoblaron después y en un instante todas las notas dispersas se confundían en una sola armonía, en un bélico rumor formado por las bandas del ejército silencioso que escuchaba la diana. Observé un momento al grupo de prisioneros sus miradas tranquilas, en que chispeaba no sé qué fiera altivez, se cruzaron con la mía; únicamente la del joven oficial me pareció más angustiada que la de sus compañeros. Sonreí para infundirle ánimo y lo vi mover la cabeza con desaliento como si le asaltase algún extraño temor. ¿ Dudaś ba acaso de mi palabra? ¿O era aquello un siniestro presentimiento...? Pero ya no había tiempo que perder, las palideces del alba anunciaban la llegada del día y cualquier retardo podía frustrar la evasión.

Mi compañía estaba formada; á una señal cuatro tiradores avanzaron con el fusil al brazo y colocando al primer prisionero junto al tronco de un árbol sonó la descarga, y el cuerpo se desplomó con el pecho agujereado. Un estertor violento sobre los pastos ensangrentados, algún sordo crujido de la carne desgarrada por el plomo homicida, como última protesta de la vida que se escapaba, y una víctima más inmolada á la saña de aquellos tiempos de dolorosa recordación: : ¡tal era el cuadro que no se borra jamás de mi memoria!... El joven avanzó al fin á colocarse en su sitio, y después de abrirse la chaquetilla, indicando el pecho para que le apuntaran, clavó en mí sus pupilas sombrías en que se reflejaba una pena muy honda, y volvió á mover la cabeza como un adiós. Tendí la espada en dirección al montecito de espinillos, porque viera el caballo prometido, y mandé hacer fuego con la voz entrecortada por intensa emoción. La descarga sono débil y hueca como un ruido de cohetes; el joven cayó rígido con el rostro intensamente pálido, pero no estaba herido, sólo un taco al caer encendido, empezaba á quemarle la chaquetilla...

Rápidamente ordené desfilar, y, al darme vuelta, entre la bruma cenicienta de la madrugada, vi con espanto que un jinete, tieso en su casaca de alto cuello galoneado, de rostro enjuto y la mirada impasible y fría, con ese brillo metálico del ojo de la víbora, parado

á pocos pasos estaba presenciando la ejecución.

Más atrás, varios ayudantes inmóviles, aguardaban sus órdenes. Fué un minuto de angustia suprema que no olvidaré mientras viva. Veo aún el gesto y su actitud de carnicero ajusticiador, y siento como un erizamiento en las carnes, al recordar el eco de aquellos labios imperativos que al fin se abrieron para decirme con una voz tan extraña y glacial que más bien semejaba una burla:

-Capitán, ese hombre parece que no está bien muerto; para que no pene, déle el tiro de gracia. Entonces, trastornado, temblando bajo la fascinación de aquella voz y de aquella mirada, me acerqué al cuerpo del desgraciado, cuya vida había querido disputar en vano á la muerte, le apoyé sobre la sien la boca de una pistola y le hice saltar el cráneo en pedazos...

6

Mañas libres

Por el amplio camino que blanqueaba en la nítida luz de la tarde otoñal, triste, agobiado, lamentable en su miseria, un jinete · se venía acercando, sin hacer ruido, al tranco de su ruin cabalgadura. Cuando estuvo junto á la ramada de la pulpería desmontó, y dejando el caballo rienda arriba, se encaminó hacia el cupial de la casa donde se veía un grupo de paisanos charlando ruidosamente contra los barrotes de una gran ventana.

Al verlo llegar con aquel aire infeliz de cosa inútil, de mísero guiñapo humano caído para siempre en el vicio y la holgazanefía, uno de los presentes tuvo un pensamiento perverso, y girando la mirada en derredor para incitar á sus camaradas á seguir la burla, le dijo fingiendo amistoso interés : Cómo dice qu'le va yendo, viejito taura...

El desgraciado sintió entrarle la ironía de aquellas palabras como una puñalada traidora, y con una vocecita temblona en que palpitaba un dejo de intensa amargura, contestó: -Siempre aporriao por la mala suerte...

¡Ya no hay abrojo que no se me prienda! Sin reparar en su dolor ó más bien alentado con la debilidad del inerme rival, el otro continuó acentuando aún la burla.

-¡No diga! si usté supo ser suertudaso... pa'l amor y las carreras...

Y aquel desventurado que había visto derrumbarse para siempre la felicidad de su hogar, cuando una noche al regresar de una parranda se encontró solo en el rancho abandonado por su mujer y sus hijas, ahogó con un suspiro la afrenta que en su impotencia de vencido ya no podía vengar, y haciéndose más chiquito y humilde aun se aproximó á la reja de la pulpería y pidió tímidamente :

—«Un vasito de caña p'augar las penas».

Entre las risas de los presentes que respiraban brutal jocosidad, el burlador cada vez más excitado le propuso entonces : -Pa divertir á la riunion, le corro á su moro, ño Casiano, con ese matungo

malacara.

El viejo observó atentamente el caballo indicado que, en realidad, no tenía una gran apariencia por el tuse de las crines largo y descuidado, la cola abrojuda, las ranillas de las patas sin cortar y los basos cubiertos de barro seco; y sonriendo levemente con una risita astuta que brilló como una chispa fugaz en sus ojos de pupila descolorida, se atrevió á responder.

-Hum!... se m'hace un tapao... Sin ventaja no m'le animo.

-Y ¿qué ventaja quiere ? --Mañas libres...

-Ta güeno-contestó el otro riendo alegremente mientras guiñaba un ojo á sus camaradas.

-Pero... enteramente libres-insistió ño Casiano con mirada enigmática.

-¡Ni qu'hablar! Por cuánto la corremos? -La convidada pa la rueda de mirones y una libra de yerba, al que reclare ganador el rayero.

-Trato hecho.

En un momento se desensillaron los caballos y los corredores en mangas de camisa, el chiripá recogido y con un pañuelo de vincha para sujetar las greñas, montaron dirigiéndose al trote al lugar señalado para correr la carrera, un extenso bajío al lado del cerco de la chacra en cuyo suelo arenoso se veían sobre el pasto dos largos surcos paralelos, que separaba de trecho en trecho un poste á fin de señalar cada cuadra.

Era aquella una pista sin andarivel, á la antigua usanza gaucha, donde se corría costillar contra costillar, sitio sin duda bien propicio para ejercitar las habilidades del corredor, las mañas libres, según el deseo del viejo Casiano.

Señalado el punto de arranque, comenzaron esas interminables partidas tan características de las carreras criollas. Varias veces emparejaron galopando un corto espacio, con los caballos levantados en la rienda para no descubrir el juego, pero cuando el contrario ya impaciente por la demora lo invitaba á largar, el viejo se hacía el desentendido y sujetaba de golpe, encaminándose otra vez á la raya, tan tranquilo como su moro que, á no ser por los movimientos de la cola con que respondía á los frecuentes talonazos del jinete, se hubiera dicho que caminaba dormido.

Entre tanto el malacara del contrario empezaba á mostrar su

juego; en cada atropellada se ponía más brioso atravesándose y abalanzándose en la cancha con visible desasosiego. No Casiano lo atisbaba en silencio con miradas furtivas de soslayo, como si en su táctica marrullera aguardase sacar alguna ventaja con la tardanza. Y así sucedió; en un momento en que el inquieto malacara arrancaba á correr con las patas trabadas, le brillaron los ojos y gritándole:

-¡ vamos aura!-tendióse sobre las crines del moro que al sentir aquella voz pareció rejuvenecer de repente, y en un salto ágil tomó la delantera. Los rebenques se alzaron al mismo tiempo y cayeron á compás como hachazos violentos que cortaran el aire. El malacara, que era en efecto un parejero tapao, según la afirmación del experto viejo, no tardó en alcanzar al contrario y los dos cuerpos se juntaron estrechamente para formar un solo pelotón que avanzaba veloz entre las risas y las exclamaciones de los espectadores. Faltaba ya un corto espacio. Los rebenques volvieron á agitarse en el vacío menudeando chirlos, y el grito breve y anheloso de los corredores resonó en el ambiente sereno de la tarde incitando á las bestias que, estirando las cabezas, amusgadas las orejas, las narices resoplantes y el cuerpo estremecido de temblores se debatían luchando desesperadas bajo el bárbaro azote de los jinetes. Se hizo un gran silencio. Las cabezas se inclinaban aguardando con interés el desenlace de la carrera, cuando el malacara se estiró al fin en un envión y logró desprenderse de su rival para salvar la raya con medio pescuezo de ventaja.

Perdiste, maula!--exclamó riendo á carcajadas el corredor mientras sofrenaba con un brusco tirón de riendas.

-Será lo que declare el rayero,-se oyó decir al impasible viejo.

-¡Ostris! ¿y acaso no comiste cola, viejo de porquería?-replicó atropellándolo con aire agresivo el burlador.

-El trato era con mañas libres ¿ no ?— replicó sin alterarse.-Y güeno; vos le metiste codillo y le talionaste el encuentro á mi caballo pa hacerlo recular no?...

Será esa tu maña.

¡ Pero mulita! ¡si eso lo sabe ¡ hacer cualquier guacho mamón!

-Y ¿cuál es la suya, m'aber ?—interrogó entonces con gesto de curiosidad un paisano que hacía de juez de raya, apoyando ambas manos sobre el tirador tachonado de monedas de plata.

-La mía... ¡no pagar, pues!-retrucó socarronamente el viejo y se

bajó del moro despacito. Haciendo esfuerzos para no reir, el rayero miró al suelo y comenzó á castigar la caña de las botas con la azotera del arreador mientras meditaba; después alzó la mirada y gravemente sentenció:

-La carrera es de ño Casiano, ¡ porque demostró maña más grande!

7

La pechada

Charlaban de sobremesa para celebrar el encuentro tras largos años de separación, varios condiscípulos á quienes el destino había separado á todos los rumbos del horizonte. Y como ocurre por lo general en tales casus, el tema obligado eran las anécdotas y peripecias de la edad juvenil que se evocan siempre con ese fantástico y melancólico prestigio de las pasadas horas...

En vano el más grave del grupo, para poner coto á la desbordante alegría había recordado sentenciosamente la máxima de La Bruyère: uno de los signos de la mediocridad del espíritu es contar siempre.

-Pues, eso mismo decía don Nabor, y, sin embargo, se pasó la vida contando cuentos-retrucó riendo á carcajadas uno de los amigos.

Aquel recuerdo del maestro inolvidable, animó los rostros con súbito regocijo, y fué cabalmente el autor de la cita del moralista francés, quien tomó entonces la palabra para decir:

-Don Nabor Jiménez-mi maestro de historia era un erudito, casi un sabio para su tiempo, y, sin embargo, por falta de ambición ó bien por la poca confianza que tenía en sus fuerzas, aquel espíritu de selección se extinguió sin exteriorizar jamás cuanto valía, en las penumbras de la vida provinciana.

Me parece verlo. Chiquito de talla, con el rostro flaco, pálido, cubierto por una paulla rala, descolorida y los ojos traslúcidos, de mirar apagado, que imprimían ese aire bonachón y resignado de un San José de retablo. Y era esa precisamente la cavilación que más lo torturaba.

Si es cierto que cada hombre tiene la fisonomía interna de su exterioridad, don Nabor debía saber que su cara lo traicionaba, pues conociendo su temperamento, sintiéndose embargado sin saber por qué de invencible pusilanimidad, tenía el pobre hombre la inocente manía de simular guapeza, quería sentar plaza de bravucón.

Era su lado flaco-nada hay perfecto bajo las estrellas-y mis compañeros de colegio que lo conocían, explotaban aquella debilidad enardeciéndolo de improviso con el recuerdo de alguna de sus baladronadas más famosas, para evitarse la molestia de tartamudear una lección que no habían estuaiado.

Siendo ya entrado en años, las proezas que nos refería de sus mocedades-allá en la época de la lucha truculenta del caudillaje eran para nosotros historia antigua, podía por tanto despacharse á su gusto dejando correr el raudal de sus recuerdos belicosos, contando con la absoluta impunidad de no ser rebatido.

Además él nos había enseñado la incisiva sentencia del viejo Vélez: nuestra historia es como un poncho pampa, lo mismo sirve para cubrir las picardías de los unitarios, como las de los federales. Cuestión de criterio partidista, de agallas y de habilidad para cargarle la romana al adversario: nada más...

Don Nabor era federal neto, y tal vez por alavismo histórico, por amor á las costumbres sobrias de sus hombres tipos, para perpetuar la tradición, no comía sino churrasco, ni bebía más que mate cimarrón y continuaba fumando cigarrillos negros... aunque no comprara tabaco.

Así al terminar el relato de alguna de sus fantásticas aventuras le oíamos repetir invariablemente la misma frase :

-Bueno, á ver quien tiene un negro... Conociendo el estribillo, más de una vez alguno de los discípulos se anticipaba al pedido y le ofrecía un cigarro. El maestro lo aceptaba sin ceremonia, como si se tratara de un tributo natural, inmanente á nuestra condición; lo abría extendiendo el tabaco sobre la palma de la mano, lo desmenuzaba tranquilamente, lo armaba de nuevo, lo encendía atizando la brasa con la uña del pulgar, á la criolla, y después de aspirar una gran bocanada con deleite, volvía á tomar el hilo de la interrumpida narración.

Los minutos volaban para nosotros escuchando con embeleso las descripciones que animaban su palabra fluente, pintoresca, rica de vocablos y de giros graciosos, que llegaba hasta ser elocuente y patética para dar al hecho, imaginario ó exagerado, el tono auténtico de la verdad.

Como los tarasconenses de Daudet, don Nabor no mentía, se engañaba. Su mentira no era tal mentira, era una especie de

espejismo mental... El tañido de la campana nos volvía á la realidad señalando la terminación de la clase. Al oirla fingía gran enojo por haberlo hecho charlar toda la hora sin exponer la lección, y poniéndose adusto de pronto exclamaba con tono sentencioso:

-Caballeritos, me han fumado... Pero en la próxima, al encierro al que no sepa... Ya lo saben... ¡Una vez cada uno como á los cocos!..

Y la amenaza se cumplía inexorablemente cuando venía de luna ó cuando se le ocurría fingirla, por aquel afán de simular fierezas á fin de hacernos sentir los rigores de su carácter que quería ser rígido, implacable como la recia lanza que no conoció la clemencia para el caído en sus legendarios entreveros de antaño.

Sin embargo, los días de borrasca en que penetraba á la clase como á un campo de batalla rafageando cóleras hasta dejar el tendal de penitenciados, eran los menos, y la sonrisa bonachona no tardaba en subir á sus gruesos labios desde el fondo del sano corazón.

Entre los episodios que quedaron famosos, había uno que mis compañeros bautizaron con el título de La Pechada, aludiendo picarescamente á su hábito de pedir un cigarro á la terminación de cada relato, cual si fuera el ineludible tributo, el pecho que los antiguos vasallos pagaban á su señor.

Un día tocaba de lección Las Cruzadas. El primer interrogado resultó mediocremente informado de quien era Pedro el Ermitaño; otro sabía menos de las aventuras caballerescas de Godofredo; un tercero no se había tomado la molestia de averiguar las hazañas de Tancredo, y en cuanto á Reinaldo, Clotario, Guillermo de Orange, demás famosos capitanes habían quedado sencillamente en el limbo... y Don Nabor empezaba á dilatar las ventanillas de la nariz, olfateando la próxima matanza. Hubo un silencio casi fúnebre. Se sentía huir el tiempo, como diría D'Annunzio.

Cuando á uno de los muchachos se le ocurrió echar mano de la única tabla de salvación en aquel naufragio en que el agua nos llegaba á la boca, y con admirable cachaza le interrogó de improviso:

-¿Como fué aquello de... la pechada...?

-Ya lo he contado muchas veces; ahora no estoy para cuentos. Vamos á la lección. No mordía el anzuelo; pero el audaz insistió.

-Es que éste dice que no fué usted sino Taboada el que le pegó la... Los ojos traslúcidos se le animaron con inusitado fulgor, el gesto se hizo duro, la voz sonó braveando.

-Bueno, dile á ese pedazo de bestia que Taboada era un grandísimo mandria; que fuí yo, con el encuentro de mi caballo, quien le puso patas arriba... Había caído en la celada.

El interruptor volvió á decir: -Pero es que también dice que su enemigo debía ser santiagueño...

-Que no sabe entonces que el caudillo de Santiago del Estero era el general Taboada, de quien yo fuí ayudante cuando la invasión de las tropas tucumanas mandadas por el gobernador Gutiérrez.

-Así decía yo, pero él me sostiene que, como su contrario era... Bamba, por el apelativo quichúa tenía que ser forzosamente santiagueño...

-El quichúa ó toba ha de ser tu compañero por lo cerrado de entendederas.

¿ No les he dicho ya que el jefe á quien yo derroté fué el comandante Lobo ?...

-En el combate de... Nunquita ¿no?... Don Nabor fuera de sí, fulo de coraje, gritando como un desaforado se encaró con el interruptor, y-¿Quién dice semejante barbaridad? rugió.

El santiagueñito, de seguro por lo bruto?...

Bueno, que aprenda y no se le olvide ¡ que es gloria de su tierra! La batalla esa se llama de Tucanitas.

Enardecido por la bélica evocación de aquel episodio que, á fuerza de magnificarlo se le había incrustado como una verdad irrefragable en el cerebro-sin darse cuenta de la treta audaz,-irguió la cabeza con bizarría, tendiendo la mirada como si contemplara en el horizonte á la hueste enemiga aprestándose para el combate, y con palabra vibrante se puso á referirnos-por centésima vez-el inaudito entrevero á lanza donde se topó con el temido jefe contrario y después de descargar las pistolas se trabaron en un duelo á arma blanca, del cual salvó milagrosamente echándole encima el caballo y de una feroz pechada derribó á su enemigo para que los soldados lo carcharan...

Y al terminar el relato con las fauces secas y el labio trémulo de emoción, la mano temblorosa como si estuviera cansada por el peso de la espada esgrimida durante la refriega, se tendió inconsciente

exigiendo el tributo de costumbre. Entonces el locazo de la interrupción, ofreciéndole un cigarrillo-entre las risas contenidas de los compañeros-exclamó con cínica gravedad, en ese tono socarrón de la agachada gaucha:

-Terrible el hombre... ¡ pa la pechada!...

8

Una revancha

Era un astuto. Ypirá el cuymbaé —afirmaban sus camaradas con expresivo símil del lenguaje vernáculo para celebrar su sagacidad. ¡Escurridizo como un pescado! Mestizo de india y de español, corría mezclada en la sangre de sus venas la malicia sutil é hipócrita del charrúa con el brío soberbio y la gracia vivaz y hombruna del rudo soldado andaluz.

Se estrenó como hombre de presa sirviendo de sargento en la policía del villorrio de Mandisobí, pero surgió rodeado de una aureola tan singular de fiereza, que su jefe por pronta providencia le hizo remachar una barra de grillos poniéndolo á buen recaudo en el calabozo.

El mocetón no se quejó del rigor con que se le castigaba: con la resignación altiva y fatalista de su raza, aguardaba tranquilo el término de la prisión, y cuando algún compañero le exageraba la gravedad de su delito, encogiéndose de hombros respondía desdeñoso : ¡Bah! no hay laso que no rebiente, ni argolla que no se gaste...

Y para concluir la importuna conversación, cogía una guitarra y acercándose á los barrotes de la ventana del calabozo, como si estuviera ante la reja de su prenda, hacía brotar del instrumento una sarta de notas trémulas y alegres que acompañaba de algún picaresco cantar.

En el pecho de aquel sér no anidaba la pena. Y, bien mirado, su caso tenía atenuantes, pero él no quería defenderse porque la súplica era cosa que no se avenía con su temperamento hecho para el empuje y la violencia, ni concebía tal vez la clemencia su tenebroso cerebro de revoltoso.

-Pero... ¿ se le habría ido en realidad la mano, como decían?... ¡Oh! y acaso los otros se dejaron agarrar del garrón como borregos... Pa que me mandó entonce el jefe que no les mesquinase fierro-respondía á las observaciones; y, más bien con el propósito de

poner de relieve el siniestro suceso, que para justificarse, contaba los menudos detalles del hecho brutal.

Una gavilla de gauchos alzados tenían aterrorizados á los pobladores de las estancias del distrito con todo género de fechorías.

El jefe le había llamado un día para decirle «Elegí gente de confianza y tráime esos bandidos, vivos ó muertos, pero no te presentes sin ellos. El sargento escogió cuatro hombres de su laya y partió á desempeñar la comisión. De qué medios se valió para rastrear y sorprender á semejantes desalmados en sus escondrijos selváticos, son puntos obscuros que la tradición no ha conservado. Pero lo cierto fué, que una tarde á la puesta del sol apareció en el villorrio con su gente, custodiando una carretilla donde venían varios cadáveres. ¡ Era la gavilla entera! Como no quisieran rendirse los había peleado reduciéndolos por la fuerza á la suprema sumisión. La refriega, sin embargo, debió ser tremenda, porque los soldados y el mismo sargento mostraban profundos desgarrones en el cuerpo, como zarpazos de jaguareté.

La noticia produjo gran alboroto, y hasta el jefe por más que íntimamente se regocijara con la desaparición de los perdularios, que se habían cebado en las vaquillonas más gordas de su estancia y ensillaban,los mejores caballos de sus tropillas, sin pedirle permiso, en presencia del hecho inaudito juzgó como la generalidad que «al sargento se le había ido la mano», y para salvar el respeto á la opinión que traducía pintorescamente con un por el qué dirán»-optó por engrillarlo dejando que el tiempo, ese gran perdonador de faltas, echara sombras de olvido sobre el bárbaro suceso.

El preso, entretanto, no olvidaba; por más que disimulara el agravio espiaba la primera ocasión propicia para tentar la revancha, y una noche mientras sus guardianes estaban entregados á las emociones de una jugada de naipes, atropelló al centinela con el macho de los grillos que se había limado y de un solo golpe lo dejó tendido. Luego ganó la calle perdiéndose en las sombras.

Al conocer la fuga, el jefe exasperado ordenó montar á caballo sin pérdida de tiempo, emprendiendo personalmente la persecución. Aquella burla hería su amor propio y menoscababa su autoridad. Había que volver por el crédito, -¡No te me has de ir!-repetía nervioso dilatando en las tinieblas las pupilas como el felino,

mientras marchaba á gran galope siguiendo sobre el campo entenebrecido el rumbo del fugitivo. El cálculo no falló. Con las primeras luces de la madrugada divisaron á lo lejos, entre, la vaga bruma, á un jinete que apurando el montado trataba de llegar á las rinconadas montuosas de la costa.

-¿No dije? Allá va-exclamó alegre y añadió en seguida con esa maravillosa certidumbre del campero que jamás yerra el pronóstico.

-El pingo está aplastao; va taloniando... ¡No le vamo á dar tiempo pa ganar la madriguera!... Y dando las órdenes oportunas, la emocionante cacería empezó. Abiertos en forma de enorme abanico, con la vista fija en aquel punto movedizo que se alejaba como una sombra veloz sobre el llano, los soldados clavaron los pinchos de las espuelas haciendo dar un salto á sus cabalgaduras y avanzaron á media rienda.

La campiña lisa, sin arboledas ni poblaciones permitía abarcar el amplio escenario que recortaba al fondo la mancha azulada de las costas del Mandisobí.

Hacia la izquierda avanzaba la curva verdegueante de una isleta de sauces indicando la proximidad de algún arroyo; y á la derecha una cuchilla dilataba su suave bombeo hasta perderse en el horizonte lejano.

Con el cuerpo encogido, echado hacia adelante, rozando el pescuezo del anima! para ofrecer menos resistencia al aire, el fugitivo cruzaba bajos y lomadas huyendo semejante á una inquieta mancha gris en que se confundían el jinete y el bruto.

Pero el monte estaba todavía lejos; el caballo hostigado, enloquecido por aquella carrera desesperada aplanaba las orejas tembloroso, estirándose en el último esfuerzo y empezaba á perder terreno, -Le va tapando la marca-decían los soldados viendo la frecuencia con que lo castigaba.

La distancia se acortaba cada vez más. Los contornos del perseguido se acusaron netamente en la luz de la mañana. De pronto sofrenó con un brusco tirón de riendas alzándose en los estribos y giró la mirada en derredor.

El grupo de los perseguidores espoleando recio estrechó el varillaje del moviente abanico, y en el silencio de la campiña resonó el ulular irónico de los que ya lo creían en sus garras.

El jefe, cortado delante, levantaba en alto las certeras

boleadoras... Fué un momento de ansiosa hesitación. El cuadro de la cárcel sin luz con el peso de los grillos que iban á privarle de nuevo el movimiento, quién sabe por cuánto tiempo, la muerte quizá, debió cruzar ante su mirada chispeante de cólera rebelde.

Y aquella naturaleza nutrida con aire de pampa y efluvios del sol que llameaba en los gramillales, sintióse invadida por la nostalgia del campo abierto; las emociones de la libre aventura le sacudieron con férvidas ansias; ese amor á la querencia, que ellos no saben definir, pero que compendia sus hoscos cariños, le trajo la riente visión de los recuerdos del pago, las ternuras del ranchito oculto como un nido allá entre las umbrosas enramadas del bosque nativo, y, sin poderlo evitar, sintió hinchársele el pecho con un rugido de rabia y dolor.

Pero en breve se serenó; el instinto, la astucia atávica que regaba sus arterias de sangre brava le confortó el corazón en el duro trance, haciéndole recordar lo que era, gaucho criado retozando con el peligro como los potros chúcaros y los toros montaraces, é irguiendo la cabeza melenuda le vieron abandonar asombrados el rumbo del monte, volver riendas á la derecha, repechar la cuchilla y desaparecer...

Cuando los perseguidores coronaron la lomada sólo vieron en el plan del bajío un ranchejo solitario junto á las barrancas de un profundo zanjón. ¡El fugitivo había desaparecido! Creyéndolo refugiado en la casa, dispuesto á resistir, se acercaron prevenidos. La puerta de la habitación estaba abierta; bajo la ramada de multa y mataojo se veía el fogón encendido; en una caldera ahumada se calentaba el agua para cebar mate, y á la orilla del rescoldo, pendiente de un asador colgaba un trozo de costillar.

-Ave María-dijo el jefe apoyando la mano en la culata de la pistola que traía al cinto, con la vista clavada en la puerta, sin pestañear. Transcurrió un minuto. Una morocha apareció y recostándose en el marco de la puerta contestó al saludo y se quedó inmóvil en una actitud de inocencia y abandono, como si todo aquello le fuera indiferente. Pero al ser interrogada, bajó los párpados al suelo y con medias palabras, restregándose los dedos para sacarse las mentiras según la costumbre campera, empezó á contar:

-Hace un ratito nomá se allegó un frastero juyendo... y sin

decirme nadita... montó al caballo que estaba á soga contra ese maisal... y disparó...

-¿Pa qué lao? -Pa el monte... po entre el sanjón del arroyo... -Mesmo. Aquí está el rosillo qu'el montaba. ¡Se le sentó al otro y se hiso humo!—— gritó riendo uno de los soldados desde atrás de la casa.

El hecho era verosímil, un caballo no falta nunca en el más miserable rancho. ¿ Lo había visto entonces desde la lomada el fugitivo y con su baquía y astucia gaucha abarcó de golpe la escena y combinó la estratagema aprovechando aquel accidente del terreno ?...

Así debía ser, sin duda alguna. Sonrióse el jefe comprendiendo la treta audaz. Ahora se explicaba aquel repentino cambio de dirección que hacía imposible la escapatoria. ¡Le habían ganado la jugada por segunda vez, á él, aguará viejo, sogueado en más de una correría!...

La muchacha permanecía apoyada en la puerta del rancho mirando sin curiosidad, con aire indolente. Sus ojos gauchones, negros, profundos, ojos de amor; sus mejillas tostadas de color de bronce; su boca grande, graciosa, de labios carnudos y rojos como flores de seibo; su cuerpo turgente, de senos duros tenían el hechizo de la bella agreste.

—¡Etymá poráng la cuñatai! — exclamó entusiasmado uno de los del grupo haciendo el elogio de la linda chinita con una perífrasis sensual á lo bruto.

-No ha d'hir lejos, siganlé el rastro. Yo viá componer el recao mientras esta güena mosa me convida con un cimarrón...

Aurita los alcanso,—dijo entonces el jefe procurando disimular el pensamiento que, como una llamarada de deseo le cruzó por el cráneo.

Bordando comentarios diversos sobre el incidente que daría pábulo por mucho tiempo á los sabrosos relatos del fogón, sin preocuparse ya del fugitivo á quien suponían lejos, pues iba montado en caballo de refresco, alegres, al contrario con la hazaña del mozo, gaucho al fin como todos ellos, que hacía honor á la casta, los soldados pusieron al paso las cabalgaduras y poco á poco se fueron internando bajo las arboledas que sombreaban las márgenes del arroyo.

Al sentirlos llegar los chajases volaron alerteando; un estremecimiento súbito alborotó las maciegas de totora y paja brava, y una nube multicolor de garzas, mirasoles, gallinetas y ciriríes se levantó dando agudos silbidos, mientras en el claro del agua un casal de macás con las crías sobre el lomo se alejaba nadando lentamente. Hizo bulla uno de los soldados para espantarlos, y las aves ariscas dando una rápida zabullida desaparecieron tras un recodo del cauce.

-Mirá, arteros pa esconderse lo mesmo qu'el sargento-observó el que los había espantado.

-Lo vamo agarrá, si al jefe no se l'escapa ¡á la fija!-le retrucó otro con amplia risotada de burla. Y desmontando al pie de un biraró sacó del tirador los avíos de fumar, picó calmosamente el naco y armó un cigarrillo; dió en seguida fuego al yesquero y encendió; después lanzando lentas bocanadas de humo permaneció recostado en el caballo, caídos los brazos con indolencia y la mirada semi-dormida, fija en las espesuras ribereñas...

En el rancho reinaba profundo silencio. Bajo la dorada luz que vibraba en la atmósfera serena todo parecía aletargado por ese sopor de la naturaleza en reposo, cuando el sol la fecunda con el largo beso de sus rayos ardientes.

Sólo de tarde en tarde, un blanco penacho de humo que ascendía flotando sobre la pajiza techumbre denotaba la presencia de los moradores. Transcurrieron largos minutos de quietud. Al pronto por entre las verdes matas del maizal asomaron dos pupilas renegridas atisbando. Luego el cuerpo del fugitivo se destacó avanzando despacio, con ese andar cauteloso del digitígrado en dirección al caballo del jefe--un soberbio pangaré de remos nerviosos y finos y el pelaje lustroso como cuero de guazubirá,-le desprendió la manea y lo contempló sonriendo gozoso. ¡Oh! con semejante flete y las madrigueras del monte que él conocía, no había cuidado, no, de que le echaran las garras! El pangaré relinchó inquieto haciendo sonar la pontezuela de plata del freno, mientras el fugitivo sin pisar el estribo le cazó las cerdas de la cruz y de un salto rápido se le enhorquetó, y poniéndole al paso, tranquilamente, seguro ya de su destino, se escurrió por el bajío de la cuchilla.

Refiere Sarmiento en las páginas violentas y coloridas del Facundo, que á Quiroga le bastaba una sola mirada de sus ojos

escudriñadores, para descubrir un ladrón ó distinguir un patán de un hombre arrojado.

Urquiza debía poseer igualmente en alto grado ese secreto poder de aquilatar con una rápida ojeada las cualidades más íntimas de los individuos. Dotado de una memoria prodigiosa se preciaba de conocer á sus soldados no sólo por el nombre ó el apodo, sino de saber también á qué división del ejército pertenecían y el paraje de donde eran oriundos, añadiendo todavía como dato ilustrativo algún detalle, real ó imaginario, que el mismo interesado no se hubiera atrevido á contradecir.

Así refiriéndose á alguno que pasaba, se le oía contar con aquella su manera pintoresca y expresiva en la cual muchas palabras eran reemplazadas por un ¡uh!... característico con que completaba el pensamiento:

-Ese tape ¡uh!... es manso para las moras... Lo vi en India Muerta ¡uh!... En los entreveros con las caballerías del pardejón kivera... Andaba en un tordillo ¡ uh!... con la cola atada floriandosé... O bien invirtiendo el elogio, exclamaba al pronto para interrumpir al infeliz postulante de una licencia,-«pa dir á pegar una güelta á la familia». -Mañero ¡uh!... y flojo... Cuando Caseros, el coronel Galarza te mandó trabar con un tiento las rodajas de las espuelas ¡uh!... Para que no te sintieran el temblor...

9

La picana

En ocasiones era el nombre pronunciado, el que despertaba en el maravilloso archivo de su mente algún punto obscuro de la vida de aquel hombre, que quizá por primera vez tenía en su presencia, pero el dato estaba grabado con caracteres indelebles en el complicado casillero aguardando la evocación, el sonido de una palabra para erguirse acusador.

-Con qué sos Leal ¡uh!... y ¿cómo te me desertaste en el Tonelero? Debías cambiarte el apellido ¡ uh!... No te conviene ese.

Sorprendido por el recuerdo del suceso lejano, el inculpado daba vueltas al sombrero mirando al suelo, sin encontrar respuesta, y esperaba tranquilo el castigo.

Pero el caudillo que lo había calado, como si en un sondazo de la mirada hubiera bajado hasta la entraña para sentirla palpitar serena, sonreía satisfecho y exteriorizando su franca simpatía hacia los valientes ó los audaces, concluía por conceder de buen grado lo que se le pedía, agregando un par de pesos para los vicios, Y allá se iba el soldado á narrar la «escapada» á sus camaradas, palpitante de orgullo, iluminado el rostro moreno de malicia retozona, hamacando el cuerpo, con ese andar desenvuelto y garboso de los militares campesinos que parecen ir ajustando la marcha al tintineo metálico del pesado sable y al chis-chas de las férreas nazarenas.

Para predisponerlo en cualquier petición, nada era, pues, más perjudicial que achicarse ó avergonzarse. El que se turbaba en su presencia y empezaba á tártamudear había errado el tiro. Era hombre perdido. Estaba mintiendo ó era un «ñato despreciable», como solía decir para designar á los tontos ó á los flojos, con los que jamás hizo buenas migas. Podía volverse por donde había venido, en la seguridad de no lograr más que algún relámpago colérico de sus magníficos ojos leonados. Sus oficiales y soldados le conocían el lado flaco y lo explotaban con suerte varia, convencidos de que procediendo así, si no conseguían lo que deseaban, merecerían al

menos su benevolencia en caso de falta.

La anécdota que vamos á referir-rigurosamente histórica, pues fué recogida de los propios labios de uno de los protagonistas - confirma esta aserción.

Fué en 1847 cuando la campaña á Corrientes. Los entrerrianos y los correntinos tienen un viejo pleito de mutuos agravios que, originados en las depredaciones de los indios tagüeses de la costa del Yuquery, se canceló con exceso durante la invasión de las hordas misioneras y las tropas correntinas que acompañaron á Artigas en su cruenta lucha por imponerse á Ramírez; pero el pleito ha renacido en cada pasaje de tropas de una provincia á la otra, quizá porque aquello de que es dulce y sabrosa la fruta del cercado ajeno...

Tal vez por esa misma razón, antes de invadir territorio enemigo, el general Urquiza había prohibido bajo las más severas penas, que durante la marcha ningún soldado se apartara de las filas. Pero uno de ellos no pudo resistir á la tentación de comer una achura de carne flor, y una tarde mientras su escuadrón iba atravesando el bajío de una cañada donde pastaban algunas lecheras, le echó el ojo á una de «esas que no apagan el fuego», y quedándose atrás con el pretexto de componer el recado, le prendió el lazo á la elegida y la degolló, y con un par de tajos ágiles le sacó la manta del anca-la picana, como dicen los criollos ocultándola bajo las caronas.

La escena se desarrolló á solas, rápidamente, y la puñalada fué tan certera que partió de golpe el corazón de la res sin arrancarle más que un solo balido.

Sin embargo, una hora después el hecho era conocido por Urquiza. ¿ De qué medios se valió para averiguarlo? Posiblemente de ese recurso primitivo que han empleado todos nuestros caudillos: la delación de los que medran adulándolos para hacerlos pasar por ominiscientes.

-Doscientos azotes ¡uh! al toque de diana... y en presencia de las tropas !-ordenó iracundo á uno de sus ayudantes, recomendándole que se diera publicidad á la orden, á fin de que el castigo fuera más ejemplar.

El jefe de la división á que pertenecía el delincuente de genio un tanto quisquilloso y duro como su lanza de urunday-no recibió de

buen grado la sentencia, ya sea porque le fuera penoso afrentar así á uno de los viejos servidores del ejército, ó bien porque á su juicio la falta no era de tal naturaleza grave para merecer un castigo tan atroz, lo cierto fué, que una vez acampados se dirigió á la carpa del general para solicitar el perdón del soldado.

La entrevista se inició en un ambiente poco propicio á la clemencia, pues no bien comenzó á formular la petición, cuando el formidable caudillo lo interrumpió bruscamente con las facciones desencajadas, las pupilas relampagueando, el labio trémulo, lívido de coraje imponente.

-Comandante, usted se empeña por ese pícaro ¡uh!...

¡Es que también usted...

¡uh!... ha de ser aficionado á comer vacas ajenas-exclamó con frases entrecortadas, silbantes como chasquidos.

La escena era como para impresionar al mejor templado. Se hizo un silencio penoso y los circunstantes comenzaron á alejarse presagiando el estallido de la tormenta. Pero el aludido no se inmutó; sereno, con la cabeza erguida, mirándolo cara á cara sin que se le moviera un músculo, dejó pasar la briosa ráfaga de aquella cólera que tal vez tenía algo de teatral, por esa tendencia innata en todos los que mandan de no admitir réplica para no desprestigiar su autoridad, y cuando vió que el rayo tardaba en estallar-por más que el ceño duro denunciara la tempestad interior-tranquilamente, como quien afirma la cosa más natural, le respondió:

-Es verdad, general, y V. E. también: pero con la diferencia de que algunas veces yo mismo las enlazo, porque yo sé enlazar, y V. E. no... Desconcertado por aquella salida tan inesperada y ocurrente que le revelaba á la vez uno de los temperamentos machos de que tanto se enorgullecía, Urquiza no pudo menos que echarse á reir. Y el castigo no se ejecutó; pero la pena de azotes fué conmutada con la pérdida del cuerpo del delito, y la sabrosa picana admirablemente asada por mano del mismo delincuente, sirvió esa noche de banquete al comandante y sus oficiales que, á la luz del fogón se la comieron, comentando alegres la pasada escena que la tradición de mi tierra ha conservado, como una de las anécdotas más características de aquellos hombres y aquellos tiempos.

10

La escuela del rastreador

Vadeamos la cuenca ancha y reseca del Chorrillo por una de cuyas márgenes se deslizaba culebreando entre cantos rodados y areniscas rojizas, un hilo de agua cristalina como si fuera huyendo del arenal sediento. Blanqueaba á nuestra espalda en la diáfana claridad matutina el caserío de San Luis; á la izquierda, recortando el horizonte se escalonaban los picachos de la sierra bañados por el sol, y al pie, semejante á una cinta amarillenta arrojada sobre los verdores del gramillal de la vega, corría un camino hasta perderse en las sombras del monte. A paso lento, en medio de una gasa polvorienta venía avanzando una árrea de burritos cargados de ramas secas, y detrás, meneándoles chicotazos, cuatro ó cinco muchachos á pie, con grandes sombreros de esparto en forma de embudo encajados hasta los ojos saltones, de renegrida pupila y el rostro de color de bronce. Risueños y felices con esa alegría sana y confiada de los niños, pasaron pregonando su mercancía y se alejaron dejando en el silencio del campo los ecos de su voz, tiernos y cadenciosos como gemidos de vidalita: «ara leña, ara la leña…….á……á…….».

-Son vendedores de leña-dijo mi acompañante ;-vienen de la sierra donde van á buscarla diariamente y á educar la vista para el oficio de rastreadores en la escuela del monte.

Es muy curioso eso, explíquemelo. Los hijos de la llanura no conocemos al rastreador sino de oídas, aunque tenemos el gaucho baqueano tan original y característico como aquél, por la manera sorprendente con que sabe orientarse en las tinieblas de la noche, en las escabrosidades de la selva ó en la inmensidad de la pampa para seguir el rumbo que confió á su memoria y á su tino.

-Curioso y simple á la vez porque se trata de un conocimiento vulgar y casero entre las gentes campesinas. El instinto atávico, la costumbre, la necesidad de valerse á sí mismos en su desamparo, sin más libro ni maestro que la naturaleza que los rodea; por espíritu de

observación paciente, de educación del órgano visual en yo no sé qué misteriosas relaciones con la memoria, lo cierto es que llegan á adquirir ese dón del rastreo, increíble y maravilloso para los hombres de la ciudad. Esos muchachos que ahora vuelven del monte son practicantes. Llegan temprano y buscan la aguada-un arroyo, manantial ó laguna, sueltan á sus burritos para hacerlos beber y cuando han terminado, observan en la arena las pisadas húmedas, las siguen sobre el pasto hasta convencerse de tenerlas bien grabadas en la retina, á fin de distinguirlas en medio de la rastrillada de otros animales, que á nosotros nos parecían` idénticas, pero que tienen, sin embargo, diferencias, una fisonomía peculiar por decirlo así para quien ha aprendido á reconocerlas. Dejan entonces pastar en libertad á las bestias mientras ellos se meten al monte á buscar lechiguanas ó frutas silvestres y á formar su provisión de leña. Terminada la tarea, cuando la altura del sol les indica la hora del regreso, vuelven á la aguada, busca cada cual el rastro de su burrito y sigue á través de las espesuras, sobre la hierba ó los pedregales, aquella huella invisible á las miradas profanas, pero tan clara y patente para ellos que los conduce sin errar jamás hasta el sitio donde está comiendo el paciente animal. A la larga, esta práctica realizada á diario concluye por educar el ojo dándoles esa maravilloso poder vidente que ha hecho famosos á los rastreadores puntanos.

-Recuerdo el retrato admirable que hace Sarmiento de Calibar, el legendario rastreador que después de dos años de haber observado la pisada del ladrón de una montura, encontró el rastro perdido y descubrió al raptor y á su montura, ya inutilizada por el uso; pero siempre creí exagerado el relato...

-¡ Absolutamente! Calibar era puntano y fué un insigne rastreador cuya fama salvó los límites de la provincia. Pero no ha sido el único. Vive en la ciudad un viejito que ha ejercido el oficio durante muchos años prestando muy buenos servicios. Es hijo de un soldado de la independencia, se llama Benito Lucero y todavía cuando se quiere poner á prueba su habilidad, sabe distinguir sobre la arena movediza de la calle por donde acaba de pasar una árrea de mulas, cuántas son, el número de hembras y machos, si van cargadas ó de vacío, al tranco ó al trote, añadiendo de yapa como dato ilustrativo, si se trata de animales chúcaros ó mansos, si alguno

va acollarado y hasta el nombre del propietario muchas veces...

Lucero se inició como todos los rastreadores en la observación campera, en la escuela de la naturaleza. Se cuenta que una mañana al ir á recoger la tropilla notó la falta de un tordillo braceador, el caballo de más estima de su padre. Recorrió el campo en todas direcciones inútilmente, hasta que al fin encontró un portillo recién abierto en el potrero. El tordillo había pasado por allí. Junto á los rastros del vaso se veían pisadas humanas. Volvió entonces á las casas con la noticia del robo, asegurando que el ladrón era un peón chileno á quien habían despedido hacía un año, sin que se tuviera noticia de que hubiera vuelto al pago. La afirmación era audaz; otros diestros confirmaron que las huellas eran en realidad del caballo, sin que ninguno reconociera empero de quién eran aquellas pisadas; pero siguieron el rastro y á las pocas leguas alcanzaron al chileno que iba tranquilamente camino de la cordillera con el tordillo de tiro. El rastreador había surgido.

Desde entonces son numerosas las hazañas que han cimentado su fama. Siendo jefe de policía en la capital, tuve ocasión de comprobar la pericia verdaderamente extraordinaria de este hombre.

En uno de los caminos de la sierra se cometió un crimen atroz. Un pulpero, su mujer y una criatura habían sido degollados para saquear la pulpería. Al recibir la noticia hice buscar á Lucero y nos dirigimos al lugar del suceso. Al acercarnos desmontó pidiéndonos que lo dejáramos solo un momento á fin de orientarse y para evitar, sin duda, que nuestras pisadas pudieran borrar los rastros del asesino. Caminando despacio con la mirada reConcentrada entraba y salía de las habitaciones observando el suelo sin decir palabra: fué hasta la ramada, escudriñó la tierra pisoteada del palenque, volvió á examinar el piso de las habitaciones, salió de nuevo al patio, encorvado siempre hasta que al fin se enderezó y dirigiéndose á unas matas de saúco á cuya sombra estaba un barril con agua, sacó de entre las ramas un trapo ensangrentado.

El ladrón estaba herido; aquí se ha estado lavando y se ha curado exclamó gravemente señalándome sobre un pequeño charco formado por el agua derramada, una pisada humana casi invisible.

—Aquí asentó el pie izquierdo; tiene las piernas combadas y usa alpargatas—aseguró entonces con la plena certidumbre del hecho á

través de aquellos leves rastros. Cubrió después con unas tablas el sitio señalado y volviendo hacia nosotros el rostro trigueño iluminado de orgullosa satisfacción, añadió:

-Es al ñudo buscarlo por los montes de los alrededores, va con la plata robada y á la fija se ha ido al pueblo á gastarla. Regresamos á la ciudad. La víspera, con motivo de unas carreras el comisario sorprendió una jugada de taba y arreó con los jugadores á la policía. Cuando llegamos, hacía varias horas que habían sido puestos en libertad. En la calle donde estuvieron formados antes de soltarlos había transitado mucha gente á caballo y algunas carretas de bueyes, pues las pisadas estaban bortadas ó confundidas por los surcos de las llantas y los vasos de las cabalgaduras.

Sin embargo, Lucero, que tenía el presentimiento de que el ladrón debía ser de los de la volteada, como decía sin inquietarse por el contratiempo, encelada, al contrario, su vanidad de profesional acostumbrado á vencer mayores dificultades, ganoso de afirmar una vez más su mentada fama se puso á recorrer la calle en todas direcciones, andando y desandando camino, en busca de la huella que traía impresa en la misteriosa retina.

De pronto se detuvo y observó breve rato; las pupilas agudas reconcentraron todo su poder en aquel retazo de arena pulverizada en el cual iba á leer tal vez la condena de un hombre. Los circunstantes seguíamos sus movimientos sin perder detalle, en medio del mayor silencio. La cabeza se inclinó de nuevo hasta casi rozar el suelo; pasó un minuto de ansiosa expectativa... El rastreador grave, impenetrable, seguía mirando la arena sin cambiar de posición. De cuando en cuando hacía un inconsciente ademán, como si reflexionara comparando la huella buscada con algo que tenía delante de los ojos.

Al fin se irguió y lanzando una escupida dijo pausadamente con la tonada de la tierra, al señalar el rastro que acababa de encontrar: ¡Aquí va!...

Y como si hubiese encontrado la punta de un hilo invisible echó á andar, cruzó varias cuadras en dirección á los arrabales sin detenerse ya hasta llegar á un terreno baldío cubierto de biznagas.

-Por aquí ha entrado-afirmó otra vez— y penetrando al biznagal descubrimos oculto entre los escombros de una tapera á un paisano que se entregó sin hacer resistencia. Una vez registrado se le

encontró en el tirador cierta cantidad de dinero cuya procedencia no supo explicar, lo mismo que una herida en el brazo izquierdo, y, como prueba concluyente comprobamos asombrados que aquel hombre tenía las piernas combadas y calzaba alpargatas. ¡ Era el asesino!...

Han corrido los años. Las hojas de la cartera de viaje donde consignamos los apuntes que nos han servido para el presente relato, empiezan á ponerse descoloridas. Pero la impresión fué tan intensa que, al evocar su recuerdo he sentido animarse la escena cual si ayer hubiera sido presenciada, y he creído ver erguirse y pasar la visión del viejo rastreador ya ido para siempre, como se van todas las cosas que hablan al alma de nuestro pasado.

11

De mi tierra

Un rasgo característico de su tierra-decía el amable pedido,—y sin meditar en la gravedad del compromiso acepté gustoso el encargo de escribir esté cuento, subyugado tal vez por ese secreto deleite de poner bajo los puntos de la pluma-que los evocó tantas veces-los caros recuerdos del terruño lejano. Empero, mirándolo bien, ¿qué rasgo peculiar puede ofrecer el Entre Ríos de hoy, cuando allí todo es transformación perenne de usos, costumbres y habitantes hasta borrar el perfil de los antiguos moradores que yo conocí?...

La civilización avanza rápidamente arrasándolo todo. Los retardatarios están de más y van cayendo segados por la implacable guadaña que desbroza los campos de yerbas dañinas. Es ley de esta febril vida moderna no mirar para atrás. Lo pasado pisado, parece rezar la desdeñosa divisa, y que el hacha disperse los horcones del rancho primitivo; que el fuego arrase la vieja manguera de ramas; que sobre la playa del corral-rodeo abra el arado el surco de la chacra, para que el estadista con el frigidismo de sus cifras nos cuente que, en aquellas verdes cuchillas donde antes pastaban libremente los rodeos de vacas guampudas, las majadas de ovejas ordinarias y las yeguadas chúcaras,existen hoy 700.000 hectáreas sembradas de trigo, lino, maíz, cebada, alfalfa, maní, tártago, y viñedos; que sus ocupantes son gentes llegadas de otras regiones, de tipo hosco y hablar extraño, sin más pasión que el ávido afán de arrancar toda su savia á la tierra fecunda.

Pero ese es el cuadro, casi sin variantes, de las otras provincias litorales, y reseñarlo no sería ofrecer ningún rasgo típico con colorido regional y rasgos duraderos. Es necesario volver entonces la mirada y el corazón al pasado de ayer, tan distante ya, sin embargo, que más bien parece una evocación de leyenda... El antiguo señor de la tierra, su primer obrero, el que desalojó al indio aborigen por el hierro y el fuego, mezclando su sangre ardorosa á la

sangre del bravo indígena para modelar ese tipo incomparable de nuestros campos, ya no existe. Fiel al culto de la tradición, desamparado para mejorar de condición, para civilizar las brusquedades de sus costumbres, para formarse un patrimonio, ha sido desalojado de los campos que conquistó y cuya independencia aseguró la pujanza de su brazo, en nombre de las nuevas ideas y se ha extinguido sin dejar más que un recuerdo.

Sin embargo, es tan atrayente el romance de las vidas obscuras de esa brava gauchada batalladora que hizo la nacionalidad con la pródiga inmolación de su sangre altiva que, en presencia de la invasión cosmopolita que amenaza borrar todos los caracteres originarios, es hasta un deber evocar siquiera sea fragmentariamente esa bizarra figura histórica de nuestro pasado…… -¡Ah! ya no hay criollos en nuestra tierra,-me decía con tristeza un amigo, de vuelta de una larga excursión á la provincia natal.

Todo se ha transformado ó pervertido: las antiguas costumbres, la llaneza, la obsequiosa hospitalidad, la fe en la palabra empeñada que hacía innecesaria la escritura pública; la ayuda mutua en los trabajos, sin otro aliciente que el placer de compartir la tradicional fiesta con que se celebraba la terminación de las felices faenas DE MI TIERRA 167 de la tierra; aquella nobleza proverbial del paisano tan celebrada por cuantos han investigado con amor las intimidades del alma argentina; nada de eso se encuentra allá -ni pa remedio va quedando lo qu'es pior -como dice una copla popular.

Ya no se ven hierras en rodeo abierto, ni trillas en la era, ni domadas, ni corridas de sortija, ni aquellos alegres bailecitos á la luz de las estrelles sobre el patio de la estancia, donde las lindas paisanitas de pollera de zaraza y pesadas trenzas de azabache escuchaban con el alma asomada á los ojos, los trinos de la guitarra del payador que derramaba flores en su homenaje con trovas ingenuas, pero henchidas de pasión nativa...

-Sin embargo, los criollos se habrán mezclado con la gente nueva, y de esa unión saldrá un tipo más inteligente y trabajador.

Simbolismos fantásticos, nada más.

Eso no se ve más que en las comedias, donde las gringuitas de los colonos se dejan alzar en ancas por el primer compadrito que les arrastre el ala, para borrar en seguida la falta con un casorio que

simbolice la fusión del pasado con el presente!...

Pero que vayan á requebrar de amores á las colonas judías del barón Hirsch, á las rusas ó á las piamontesas cerriles y ariscas que solamente se entienden y cabrestean á los que les hablan en su misma lengua!...

No.

¡Lo argentino se va; el alma vieja agoniza! Y lo que es más doloroso, ni siquiera se respeta el pasado.

Así hemos visto en estos últimos tiempos llevar el gaucho á la escena falseando su carácter, su honradez, su nobleza legendaria.

No; mi amigo, el gaucho de antaño no era eso que se caricatura á la luz de las candilejas que el público heterogéneo recibe y aplaude como moneda de buena ley. Sólo el talento vigoroso de Pairó ha salvado el escollo magistralmente en su drama Sobre las ruinas.

El gaucho era altivo, turbulento, ignorante, brutal y sanguinario cuando la pasión lo enardecía, pero honrado é hidalgo á carta cabal. Para probarlo me bastará referir una anécdota verídica-de las muchas que podrían citarse-que lo retrata de cuerpo y alma.

Es esta. A la muerte del caudillo Francisco Ramírez-el supremo entrerriano del año XX se apoderó violentamente de la situación uno de sus oficiales, el comandante Lucio Mansilla, jefe bravo, ilustrado y lleno de bríos, pero un tanto fanfarrón, que tenía además el pecado de ser porteño, es decir, enemigo, según los sentimientos localistas de aquella época de rudo federalismo.

Su gobierno no podía, pues, ser popular, como no lo fué. Algunos jefes se alzaron en armas para derrocar al intruso; fueron delatados y la conspiración terminó ahogada en sangre con un espectáculo bárbaro: una horca levantada en medio de la Plaza del Paraná donde se colgó para escarmiento á uno de los cabecillas. Entre los sublevados de la costa del Uruguay figuraba un rico estanciero que logró escapar gracias al buen caballo que montaba. Durante la persecución acertó á cruzar frente á un rancho, y al ver un paisano parado junto al palenque se le acercó y desprendiéndose rápidamente el tirador se lo arrojó diciéndole :-Guárdelo, amigo, por si alguna vez pego la vuelta-y continuó huyendo hasta que desapareció en las malezas del monte cercano. Corrieron los años. El fugitivo anduvo emigrado por el Estado Oriental y Bolivia

después de haber acompañado al general Lavalle hasta su trágica muerte; y cuando menos se esperaba cayó un día al pago, pobre y envejecido para tratar de reorganizar su heredad.

Como era muy relacionado se festejó su regreso; y, una mañana, en medio de los agasajos de los vecinos se vió aparecer á un anciano de larga barba de patriarca que se le acercó humildemente con el sombrero en la mano para saludarlo, y terciando el poncho sobre el hombro desprendió la lujosa rastra de un tirador que le presentó con esa pintoresca sencillez del decir campero:

-Aquí tiene, patrón, el rodeo de gatiadas que me dió á cuidar cuando lo corretiaron los milicos de Mansilla... No sé si han hecho cría; pero ninguna ha é faltar, porque siempre las tuve encerradas en potrero seguro... El cinto estaba intacto. Y las doscientas onzas que hubieran sacado de pobreza al fiel depositario, como sedientas de luz, amarillearon al sol después del largo encierro.

12

La zamacueca

En un lugar de mi tierra de cuyo nombre no quiero acordarme, diré parodiando al glorioso manco, sucedió lo que voy á contar. Corría el primer tercio del pasado siglo, y ejercía las funciones de cura en la aldea provinciana uno de esos frailes criollos, patriotas y abnegados, que preferían á las comodidades y vanas pompas de la ciudad, las penurias y peligros de la vida en los campos casi desiertos, para desempeñar su misión.

Era éste el padre Flores-el curta gaucho-como le nombraban cariñosamente sus feligreses, al verlo cruzar, jinete en un pingo escarceador aperado á usanza criolla, con el rostro bronceado por los soles y la melena flotando al viento de las cuchillas, mientras recorría los rancheríos distantes en procura de niños para bautizar, de enfermos á quienes confortar en la hora postrera, componiendo descasados ó uniendo á las parejas irregulares á fin de legitimar la abundante prole.

Y en tanto cristianaba, bendecía matrimonios ó cerraba los ojos á los moribundos, y reclutaba alumnos cerriles para la escuelita de la patria, si en sus correrías llegaba á una estancia en esas horas de alegre jarana con que se festejaban las faenas de la tierra, el curita no rehusaba en tentar la fortuna tirando la taba 6 arriesgando un par de pesos á las patas de un parejero en una carrera ó de una sota en alguna partida de naipes, sin que por eso amenguase su dignidad, aumentándola por el contrario con la aureola de popularidad que rodeaba su persona.

Sencillo y campechano, era el amigo, el confidente, el consejero de todos los que en un momento de aflicción ocurrían á él seguros de encontrar un consejo ó un socorro, porque su corazón y su petaca estaban siempre abiertos. Tenía una cualidad más : era ¡hombre á macho! según decían comentando el recio guantón con que más de una vez había puesto á raya la insolencia de algún descomedido que pretendió burlarlo, al verlo mezclado en los

inevitables regocijos de los bautizos y casorios.

Sin embargo, su felicidad no era completa, pues sabía que otro hombre le disputaba la popularidad comarcana y esto traía caviloso al buen padre, porque precisamente las más propensas á escapar del redil eran las mujeres, demostrando mayor afición á las fiestas mundanas que á las prácticas religiosas.

Aquel afortunado rival era un forastero, el chileno Josesito, mozo de avería en remoliendas y batuques, airoso bailarín de zamacuecas y pericones, guitarrero y cantor de vidalitas y estilos, que traía revueltas y avispadas á las muchachas de la villa con sus cantares de sabor picaresco; los que aprendidos de memoria se pasaban las horas canturreando como si les incitara la tonada pecaminosa, mientras el cuerpo ondeaba siguiendo el compás del canto con movimiento arrebatador, revoleando en alto el blanco pañuelo, para desafiar al galán, la mirada encendida, el seno trémulo y los labios ardientes como brasas en las posturas provocativas de una cueca...

El cura al oirlas meneaba la cabeza amonestándolas dulcemente; recurría á las madres en son de queja ó bien aprovechaba la misa dominical para echarles una homilía, condenando la liviandad de las costumbres y el olvido de la fe.

Josesito se reía de tales iras, y, posiblemente por simple espíritu de travesura, por llevarle la contra, volvía á la carga con nuevos cantares que deslizaba como una cosquilla entre sus festejadas coplas que cada vez iban subiendo de colorido.

Convencido de la poca eficacia de sus sermones, el padre cambió la táctica yendo á buscar al empecinado rival al mismo teatro de sus hazañas á fin de procurar convencerlo; pero, no bien empezó el discurso que se traía aprendido, cuando el cantor le interrumpió sonriendo y con una tonadilla socarrona le retrucó: -¡ Veia, padrecito, aquí tallo yo y no cedo la banca!……. A su paternidad el rosario, á nosotros los pecadores la parranda……. Y haciendo un ágil bordoneo, comenzó á preludiar el estribillo de una cueca entre las risas contenidas de los asistentes.

Bajo el peso de la derrota el buen padre se alejó contristado, mientras su rival entornando los ojos y simulando inocencia, 12 pero con la intención maligna del que desliza una sospecha, cantó con ruidosos palmoteos: La sotana del cura Se deshilacha, Por los

ojos oscuros De una muchacha...

Corrieron los días. El incidente parecía totalmente olvidado, pues el cura no volvió á hacer alusión al cantor, por el contrario, se mostraba afable y sonriente y hasta se permitía algunas bromas sobre aquella vida de perpetua jarana. La calma renació en la tranquila villa, y el padre se entregó á su tarea evangélica con el mismo ardor de costumbre sin que, al parecer, le inquietasen ya los triunfos del guitarrero que había concluído por imponerse como el hombre indispensable en todas las fiestas.

-¡Ah! si es el mismo demonio-solía exclamar sonriendo mansamente cuando oía referir alguna de sus sonadas parrandas. Pero ya ha de caer á la güeya; ¡si no hay matrero que no caiga!…..

Se acercaban, entretanto, las fiestas de la Patrona y con los escasos elementos de que podía echar mano el padre se propuso darles aquel año inusitado brillo.

La procesión en torno de la plaza bajo arcadas de verde follaje y banderolas, con el piso alfombrado de ramas de hinojo; las camaretas de tacuara con sus petardos de estruendo; los repiques alegres de las campanitas echadas á vuelo, y los redobles de las matracas con que el sacristán y una banda de muchachos salían á anunciar las fiestas, eran ya cosas demasiado conocidas para llamar la atención.

Había que inventar algo nuevo á fin de atraer á los raleados feligreses; era preciso que renaciera la fe, la unción religiosa de otros días.

¡Una orquesta!-exclamó de pronto monologando.-Sí, eso es, una orquesta.

Pero ¿ de dónde sacarla?...

El maestro de escuela tocaba mediocremente un pistón, el sastre no le iba en zaga con su clarinete, y en cuanto á la flauta con que el boticario mataba los largos ocios á que lo condenaba la admirable salud de los habitantes, la verdad es que tampoco haría muy lucido papel...

Sin embargo, si tuvieran alguien que los dirigiera, si ensayaran, la cosa no andaría tan mal que digamos.

Y en la tierra de los tuertos...

Pero ¿quién los iba á dirigir?...

¡Ah! si Josesito se prestara?...

¿Si Josesito quisiera ?...

¡ Bah! ya lo creo que se prestará.

Y dando el problema por resuelto, frotándose las manos muy alegre se fué en procura del guitarrero que, como lo preveía, no se hizo rogar.

Llegó al fin el anhelado día. La pequeña iglesia resplandeciente de luces y de silvestres flores era estrecha para la concurrencia que á cada instante volvía las miradas impacientes hacia el coro á fin de no perder un solo detalle de aquel nuevo espectáculo de las fiestas, cuya noticia se comentaba entre alegres cuchicheos.

Los monaguillos con sus vestiduras de color escarlata aparecieron haciendo vibrar las campanillas para imponer silencio, y tras una breve pausa, la invisible orquesta hizo irrupción con una dulce melodía que suavemente iba subiendo como un canto místico.

Las notas medrosas al comienzo, se destacaron límpidas, afinadas, unísonas bajo la diestra mano del director cuya guitarra vibraba más melodiosa y sonora que nunca, derramando las armonías de una música jamás oída por aquellas gentes.

El cura escuchaba embebecido, radiante de dicha, pensando quizá que aquélla era la obra de su fe para redimir un alma pecadora.

Una sonrisa de triunfo le iluminaba el rostro; y por sus labios entreabiertos parecía vagar su sentencia favorita: ¡si no hay matrero que no caiga! Y la divina armonía seguía preludiando cosas extrañas, ora graves, ora jubilosas, ora plañideras como plegarias de corazones desgarrados que implorasen consuelo...

Pero de improviso cambió el ritmo, un aire conocido, juguetón, incitador insinuó la bordona del guitarrero y los músicos lo siguieron inconscientes, hasta que se acusaron los compases retozones de la danza popular.

Era la zamacueca! aquella pecai minosa cueca con la cual el endemoniado cantor había popularizado su refrán canallesco: La sotana del cura Se deshilacha... Las mujeres sin darse cuenta, fascinadas por el encanto de la música seguían el tono pasando apresuradas las avemarías y padrenuestros del rosario, las cabezas comenzaban á balancearse suavemente marcando el compás, las pupilas se iluminaban...

El cura vió venir la catástrofe y trepando rápidamente los tramos

del púlpito, tendió los brazos en dirección al coro y gritó con rudo acento: --¡ Para, Josesito, que aquí tallo yo!— Luego volviendo la faz afligida á la Patrona para implorarle perdón con toda la fe ardiente del alma estremecida, cayó de rodillas y de sus trémulos labios voló á las alturas una salve á la reina de los cielos...

¡Qué hombre aquél, si era la piel de Mandinga !-decía la noble abuela á quien escuché este relato, y añadía sonriendo con esa sonrisa melancólica de los ancianos en que parecen flotar las dulces añoranzas de la lejana juventud:-¡ Casi nos hace bailar en la iglesia!...

13

El premio de un pial

En la radiante mañana, desde el amplio corredor de la estancia entoldado por una enredadera de mburucuyá de la cual pendían los madroños de sus frutas anaranjadas, la mirada columbraba las lejanías de la pampa irişada de colores verdosos, amarillentos y blancos de la germinación primaveral, moteada á trechos con la nota policroma de la hacienda vacuna que los recogedores venían repuntando hacia el rodeo. A la izquierda, en el playo de un bajío, cerca de las aguas de una laguna que espejeaban al sol como una lámina de bruñido acero, se dibujaba el manchón gris de una majada. Y hacia el fondo, rebalsando la suave curva de una loma, la muralla azulada de un tupido monte recortaba su enorme silueta sobre el claro horizonte.

--Las arboledas de la estancia del vasco-exclamó el dueño de casa, devolviendo el mate á la cebadora, una graciosa criollita que ya había hecho más de veinte viajes á la cocina.

Y anticipándose á la pregunta del interrogatorio á que lo tenía sometido, con gran contento al parecer, gozando en revivir las horas del pasado ya lejano, al señalar un rasgo típico ó referirme alguna de esas sabrosas anécdotas que acusan el ingenio y la malicia retozona del antiguo habitante de nuestros campos, añadió: --Muchos de los hoyos en que han crecido los árboles de esos montes, los cavaron estas manos que hoy calzan guantes de gamuza para que no las queme el sol.

Porque yo no me avergüenzo en confesar que he sido pobre, y que he labrado mi fortuna en las ruaas faenas del campo.

Usted ha visto mi blasón en el testero de EL PREMIO DE UN PIAL 187 mi escritorio: el lazo, las boleadoras y la picana con que empecé á trabajar al lado de don Pedro, ese vasco valeroso, el primero que vino á levantar su rancho en las temidas soledades de la pampa, disputando el terreno á los indios y á las fieras hasta redondear la bonita fortuna de unos cuantos millones, que hoy

andan derrochando en los bulevares de París algunos de sus nietos...

¡Qué hombre y qué fortaleza de entraña la de aquel ser que parecía tallado en la madera de la raza conquistadora, con aquellas soberbias audacias de Ayolas y de Garay! Pobre y desconocido llegué un día á su estancia á pedirle trabajo.

No me preguntó quién era, ni de dónde venía ni lo que sabía hacer.

Me filió con una rápida mirada escudriñadora de sus grandes ojos castaños, chispeantes de inteligencia á la vez que mansos, con esa mansedumbre de los fuertes, y llamando al capataz le dijo sencillamente: ALMA NATIVA 188 -Dale trabajo á este mocito.

Y el trabajo empezó duro, sin tregua de sol á sol, bajo la lluvia ó la escarcha, con buen ó mal tiempo, lo mismo de día que de noche; acarreando tropas á los mataderos, cuereando toradas alzadas, boleando yeguas cimarronas para cerdearlas; esquilando las majadas y conduciendo después la lana en carretas á la ciudad en esos lentos viajes á paso de buey, cuya monotonía interrumpía algunas veces la refriega con los indios invasores...

Transcurrieron así los días; pasó un año y los quehaceres siempre en aumento, como si la actividad de aquel vasco extraordinario no conociera la fatiga.

Suertudo el bascurria ju...namante; parece que tiene la varita de virtú!-solían decir maravillados los peones al ver que en sus manos todo se convertía en pingüe rendimiento. Una cosa solamente no dejaba de hacerme cavilar; en las pocas palabras que había cambiado con mi patrón jamás me habló de lo que ganaba, ni cuál era mi situación en la estancia.

¿ Era peón ó agregado, ó se me ε consideraba como á uno de esos infelices guachos á quienes se les da por toda compensación el pedazo de pulpa y las ropas de desecho, que siempre les resultan holgadas, porque, según dicen burlonamente, el difunto tenía el cuerpo más grande ?...

La idea de que se me tenía en menos empezó á mortificarme y redobló mi empeño, sin excusar tarea, para demostrar así que era merecedor de otra consideración, aunque sufriendo en silencio el agravio.

Aquello trajo como consecuencia que el capataz me cargara con sus preferencias en el trabajo, empezándose á murmurar por lo bajo

de mi comedimiento, y hasta llegó alguno á lanzarme al rostro la burla grosera.

Hum!... el petiso de los mandaos... -exclamó riendo socarronamente un chino pifión, una mañana de helada garúa, al ver que me disponía á ir á encerrar la majada para carnear.

Pero no volvió á repetir su agachada brutal, porque de un frenazo le partí el cráneo, y una hora después el burlador salía de la estancia bajo la amenaza del patrón de no poner más los pies en ella, si no quería sentir el peso de sus puños de hierro, que lo mismo tendían de lomos á un bruto que á un cristiano de un puñetazo.

El incidente si bien atrajo sobre mi persona cierta consideración creándome fama de hombre ¡á macho! como dicen en su hablar pintoresco los criollos, no modificó mayormente mi situación.

La verdad es que nada me faltaba, porque la pulpería de un habilitado de don Pedro, y por su orden, proveía con largueza mis vicios y prendas de vestir.

Sin embargo, el vasco permanecía silencioso, sin darse por advertido, al parecer, de mi situación molesta; y yo picado con aquella actitud me propuse vencerla, y, sin hacer mención alguna del hecho, continué trabajando con más ahinco.

A testarudo, testarudo y medio. Que también regaba mis arterias la tozuda sangre eskalduna. Pasaron así varios meses, cuando una mañana, mientras mateábamos bajo la ramada esperando que aclarase un poco la cerrazón para ir á trabajar en el rodeo, don Pedro me llamó desde el patio y me dijo estas palabras que me parece escuchar aún: -Mirá, Claudio, eres un buen muchacho, trabajador y de vergüenza; vas á ser rico, porque no le mezquinás el lomo al trabajo, y en esta tierra el que sabe trabajar no se ha de morir de pobre. Sí, sí. Voy á ha■certe un regalito; en tu baquía consistirá que sea más o menos grande, porque mi voluntad es mucha. Trae tu lazo. Y sin decir más me volvió la espalda encaminándose á grandes pasos con ese tranco firme de su raza valerosa-hacia el corral-rodeo donde estaba encerrada la mejor hacienda del establecimiento.

Cuando llegamos junto á la tranquera me miró otra vez, y como si toda la ternura de su alma hubiera asomado á sus ojos castaños para desbordarse en aquella mirada de protección y fortaleza y de augurios de ventura, que su ruda palabra no sabía expresar, me dijo

sencillamente sin alardes de fanfarronería por el dón: -Bueno, este es el trato; ponete al lado de la puerta, el ganado va á salir ralo, como para que trabajés sin atropellarte.

Todas las vaquillonas que pialés hasta que concluyan de salir los animales, son tuyas. Pero han de ser hembras; toritos no se cuentan... Abierta la tranquera, la hacienda mansa empezó á salir al tranco balando, mientras yo metiéndome al montón comencé á pialar, gritando ¡tarja patrón! cada vez que volteaba un animal. El vasco me contemplaba sonriente para alentarme; y si algún pial lo satisfacía por la precisión y destreza con que era ejecutado, el rostro lampiño se le iluminaba gozoso, y un grito breve, alegre, expansivo, henchido de recuerdos de la montaña nativa partía de sus labios: ¡emakor mutill! Entretanto las vacas que iban saliendo, al verme revoleando la armada avanzaban y retrocedían atropellándose, cuando aprovechaba el momento oportuno y hacía disparar una vaquillona para arrojarle el lazo que se cerraba rápidamente en las patas delanteras y tras un brusco tirón la tendía de lomos sobre la playa polvorienta.

Y cuando me gritó-¡ basta muchacho, ya no hay más ganado en el corral!—las tarjas que él había ido trazando en el cabo del arreador sumaban setenta animales.

A los pocos días, una flor de trébol-la marca actual de mis estancias-lucía sobre el anca de setenta vaquillonas elegidas por ! 13 don Pedro, entre las mejores de la hacienda, para plantel del puesto que existió cabalmente en esta misma lomada-junto con una majada de mil ovejas que entré á cuidar al tercio.

Al año siguiente las vacas se duplicaron, y el tercianero fué socio con el capital doblado por el generoso patrón que no cesaba de demostrarle su propósito de hacerlo prosperar.

Algún tiempo después ascendía á mayordomo del establecimiento que, cada día iba ensanchándose con nuevas adquisiciones, hasta constituir un verdadero condado de veinte leguas pobladas y explotadas bajo la dirección de aquel hombre ejemplar, que parecía haber encontrado «una varita de virtud» como decían los paisanos, entre los pajonales del desierto.

Pero al fin el vencedor del trabajo tuvo que abandonar con inmensa tristeza la vida sana y libre de sus campos, para ir á morir como un pájaro salvaje entre los dorados hierros de su casa de la

ciudad, falto del aire vivificante de su pampa, sin sentir en el rostro las caricias del sol que había visto irradiar tantas veces sobre los amarillentos trigales y hundirse con explosión magnífica de colores allá, tras la línea misteriosa del horizonte...

A su muerte los hijos heredaron unos cuantos millones, y por más que su voluntad fué de que mantuvieran indiviso el patrimonio, la división se impuso; hubo pleito, se vendieron las haciendas primero, luego varias leguas de campo porque algunos herederos querían en plata su hijuela, y hoy no les queda ya más que el casco de la estancia primitiva—esa de las grandes arboledas que yo le ayudé á plantar-pero que no tardará en pasar en manos extrañas.

¡Ah! el sport, la ruleta, el champagne y los lujosos equipajes que ruedan por las avenidas dejando una estela de dorado polvo y de perfumes penetrantes, devastan más pronto que las indiadas y la langosta...

Pues bien; todo lo que yo tengo, lo que yo valgo, se lo debo á mi constancia en el trabajo, es el triunfo de la fe que supo in*culcarme con su ejemplo ese hombre extraordinario, es el premio de mi baquía para pialar.

Y al decir aquellas palabras saturadas de llaneza y sinceridad, sus pupilas verdosas, húmedas de recóndita gratitud se fijaron con ternura en un hermoso gauchito de blondas guedejas que jineteando en un brioso petizo cruzó á gran galope bajo los acacios florecidos del parque.

-Es mi nieto, el futuro señor de la estancia, será dotor; pero antes aprende á amar esta pampa tan pródiga en ubérrimos dones; la tierra que roturó el arado de su abuelo, la que bebió el sudor de su frente y humedeció con sus lágrimas al entregar al eterno reposo los restos del primer hijo: el suelo en que se abrieron mis ojos á la luz, y en donde desearía cerrarlos... la más tarde posible, aunque después me transporten en tren expreso y me entierren con pomposo aparato allá cerca de la tumba de mi generoso protector,- para dar tema á los cronistas sociales y á los fotógrafos de las revistas ilustradas...

14

La cicatriz

Bajo el verde emparrado que salpicaba de manchitas de luz la vislumbre estelar, la tertulia del anciano coronel se animaba con el relato, siempre ameno, de sus crónicas de los tiempos viejos.

¡Qué archivo admirable de anécdotas y de recuerdos tenía atesorado aquel cerebro prodigioso! Y cuántas veces más de un estudiantillo presuntuoso tuvo que declararse vencido, ante sus afirmaciones irrebatibles que citaban de memoria fechas, nombres de actores, testigos y lugares con detalles menudos.

-No, amiguito-solía decir con acento bondadoso, eso no pasó así. Vea que hasta un «compuesto» ya lo ha referido... Y de improviso-ante el grupo suspenso de su palabra fluente y colorida-se le oía recitar largos trozos del tosco romance con que algún payador anónimo había contado el episodio.

¡Ah, lo que el coronel sabía; las cosas interesantes que había visto y recogido en el largo vagar de su azarosa vida, que se fueron para siempre con él!...

Aquella noche que aun me parece contemplar embellecida por la luz interior de los recuerdos al preguntarle uno de los tertulianos sobre el origen de una profunda cicatriz que tenía en la mano baldada, el militar nos refirió la siguiente aventura que al retratar un carácter, señala características de los hombres y de la época : Las dianas de Caseros habían pasado.

La ciudad libertada estaba alzada en armas. Eran los preludios de esa larga y sangrienta lucha que tuvo el triste aspecto de las LA CICATRIZ 201 devastaciones civiles, pero de la cual surgió al fin la obra de la organización nacional.

Comentábamos una tarde en el campamento del ejército sitiador, las noticias que llegaban de la ciudad. Se hablaba de una Invasión á Entre Ríos y á Santa Fe para deshacer á lanzadas la obra del congreso constituyente. Añadían otros que las indiadas de la pampa iban á ser echadas sobre las poblaciones inermes de Córdoba

y San Luis...

Hasta se citaban los nombres de los jefes de las expediciones invasoras, Paz, Madariaga y Hornos: la platita labrada de los revolucionarios.

El general; tranquilo y silencioso, apareció; traía un pliego en la mano izquierda, mientras la derecha jugaba con un pequeño látigo de cabo de plata, castigando las ramas de los árboles que encontraba al pasar. Nada en su aspecto revelaba al formidable vencedor. Solamente la dureza del ceño que ensombrecía sus grandes ojos claros, 1 parecía revelar las hondas cavilaciones que debían preocupar su espíritu ante la tormenta revolucionaria. De repente se detuvo y con aquella su mirada imperativa, que no admitía excusas, encarándose conmigo me preguntó: -Capitán Vergara, ¿ usted es baqueano de las islas ?...

-Sí, señor general.

-Elija cuatro hombres de su confianza, que sean nadadores, y apróntese para marchar inmediatamente.

Un rato después, con las primeras sombras de la noche, partíamos del campamento, y, antes de aclarar, la embarcación que iba á conducirnos se alejaba del embarcadero de San Fernando.

Pero, en el mismo momento, oímos una voz imperiosa que nos mandaba hacer alto desde la orilla.

Preparamos las tercerolas y avanzamos á todo remo sin contestar.

!-Alto!—volvió á gritar la misma voz, y los fogonazos de una descarga iluminaron los sauzales de la costa. La vislumbre los descubrió; eran revolucionarios. Nuestras tercerolas respondieron á su vez y los remeros apuraron la marcha. El riacho, estrecho, tenía allí cerca un recodo de donde partía otro arroyo que se internaba en los canales de las islas. El baqueano enderezó la proa hacia aquel punto para escapar, pero ya la partida enemiga dominaba el pasaje y, al acercarnos, una nueva descarga más cercana y esta vez más certera nos envolvió con una rociada de plomo. Sentí una especie de gruñido doloroso á mi lado. Me di vuelta y vi á uno de mis soldados que abría los brazos soltando la tercerola y daba el pobre, al caer, el zambullón más largo de su vida... El tiroteo continuaba, á veinte pasos, en la sombra, apuntando á los bultos con rabia, las armas se descargaban y volvían á cargar. De pronto el sargento que llevaba

la munición en voz baja me avisó :-No hay más tacos, capitán.

Entonces, bajo los tiros que nos fusilaban, á tirones rompí el pliego en varios pedazos. Sonaron las baquetas atacando la carga, y cuando nuestra barca cruzaba la horqueta del arroyo, en tacos ardientes se lo mandamos al enemigo con la última descarga...

Venía amaneciendo; lejos ya de la costa la embarcación se perdió entre los juncales de un riacho. Entonces noté que tenía la mano bañada de sangre, los dedos parecían dormidos, un hormigueo me corría á lo largo del brazo y al lavarme el sitio de donde manaba la sangre, un agujero de bala se descubrió. Con un poco de yesca quemada y un pañuelo me improvisaron un vendaje.

Y otra vez en marcha, abrasados por los rayos de sol que al reflejarse sobre las aguas del río llameaban como ascuas. Transcurrió así un día y una noche. La marcha era lenta; á menudo teníamos que desandar camino costeando las vueltas de las islas para evitar un encuentro con los buques enemigos.

Al fin pisamos los anegadizos de la tierra entrerriana. No había ya temor de enemigos, pero la mano y el brazo se me habían hinchado mucho y la fiebre empezaba á molestarme. Pero era necesario montar á caballo y seguir adelante. Todavía nos quedaba el rabo por desollar. Había un buen tirón de camino á recorrer...

Fueron dos días de marcha pareja, de sol á sol, quitándole el recado al montado para ensillar otro, á través de los montes y las cuchillas solitarias, pues todos los hombres que podían sostener un sable ó una lanza andaban en el ejército, y las mujeres y niños habían abandonado sus ranchos, de miedo á los matreros, para refugiarse en las poblaciones de la costa. Las fuerzas ya me iban abandonando; sentía una sed ardiente que no aplacaba toda el agua de los arroyos que vadeábamos; la vista se me nublaba á cada instante; los oídos me zumbaban y á pesar del sol de verano que nos abrasaba, los escalofríos me hacían tiritar. Más de una vez tuve tentaciones de tirarme al suelo para morir bajo un árbol, encargando á los soldados que llevaran el mensaje. Pero el orgullo me daba alientos; había prometido al general, para responder á su confianza, que cumpliría la comisión, si no me mataban, y en aquel trance, como Chano ante el peligro, Puse el corazón en Dios Y en la viuda, y embestí…..

Al caer la tarde del segundo día de marLA CICATRIZ 207 cha,

los ojos se me alegraron de improviso al divisar el blanco caserío del pueblo y más allá, sobre la loma solitaria que el sol poniente iluminaba, los cipreses del cementerio en que reposan los míos, y en donde pronto iré también á descansar... Ya no sentí dolores ni fatiga. A media rienda, en un galope, fuí á sofrenar ante el portón de la comandancia. Y de palabra porque la comunicación había quedado humeando entre los pastizales de la costa-informé de las graves novedades que ocurrían al jefe, el mayor López Jordán. El anuncio llegaba en momento oportuno.

A la madrugada siguiente, la escuadrilla que conducía la expedición invasora del general Madariaga desembarcaba su gente, y echando dianas, como si vinieran á golpe seguro, se le vió avanzar sobre la pequeña guarnición que custodiaba el pueblo del Uruguay, intimándonos rendición.

¡Y aquella memorable mañana del 21 de noviembre de 1852-sobre la plaza histórica de los caudillos, donde Ramírez hizo escarcear su pingo de pelea, y el otro, el más grande lanzó su audaz reto contra el tirano, --fueron las notas de nuestros clarines los que tocaron dianas!

Pocos días después la columna expedicionaria del general Hornos era también batida por nuestras tropas... Con la mirada enardecida de recuerdos, el militar nos contempló un instante silencioso. Un rayo de luna atravesando las hojas de las parras le iluminaban la enérgica faz, que había cobrado esa altanera bizarría de los soldados de la patria vieja. Luego, jaraneando para no alardear mucho su hazaña, le oímos decir alegremente:

-Me costó una mano ¡canejo! pero el parque de Urquiza se salvó.

15

El domador

Bruscamente, casi sin crepúsculo se hundió el sol en el horizonte después de haber volcado sus chorros de fuego sobre la tierra reseca, y la claridad amarillo-violácea de aquel cielo que anunciaba sequía, se fué fundiendo en una sola tonalidad de color gris acero sobre la cual empezaron á reventar parpadeantes las estrellas.

La noche había caído sin transición. Sólo las bocanadas del aire cálido que recorrían la llanura agitando los pastos mustios, hacían pensar aún en los rigores del pasado día.

Por la extensión de la pampa ya invadida de sombra y de misterio, iban surgiendo las 14 luces rojizas de los fogones en los ranchos lejanos.

Desde el corral las ovejas poblaban el aire de balidos tristes; algún caballo recién desensillado, con la cola tiesa, galopaba relinchando en busca de la tropilla; las fosforescentes luciérnagas chispeaban errando sobre los verdes macizos de los alfalfares, y los tardos dormilones batían como hachazos tirados á las sombras sus largas alas volando á flor del suelo.

Y arriba, en la diáfana obscuridad, una lechuza como si estuviera suspendida en el espacio lanzaba en el silencio solemne de la noche su chistido temeroso...

Junto al fogón de la estancia, mientras cantaba hirviendo el agua en la caldera para el mate, se oían las risas y chacotas de los peones que aguardaban la hora de la cena.

Las llamas de la fogata onduladas por el viento iluminaban de vez en cuando rostros cobrizos, barbudos, de pupilas renegridas que hubieran podido servir de modelo para alguna de esas vigorosas figuras de los «Herreros» de Velázquez.

Había salido la luna, una triste luna borrosa que aprisionaba un doble halo de nubes, amarillento como un collar de ámbar el primero y el otro de color añil profundo.

-Si no cambea el viento, tenemos seca `pa largo tiempo. La luna

parece acorralada, lo mesmo que víbora por la quemasón-dijo uno de los paisanos mirando ansiosamente con las pupilas clavadas en el firmamento en que chisporroteaban las pálidas estrellas.

-Viento norte, clavao-aseguró otro.-

-A la tardecita no cantó ningún chingolo. Las bandurrias y los patos del bañao han empesao á emigrar buscando otras aguadas: ya no se ven más que durasnillos amargos entre el barro reseco de las lagunas... ¡Seca bárbara!...

Un nuevo personaje se acercó en ese instante á la rueda de los peones, y los comentarios sobre aquella prolongada sequía cesaron. Venía de la ciudad adonde había ido conduciendo una tropa para los mataderos.

-Has de tráir el buche lleno de noticias; contá, hermano, contá- exclamó uno alcanzándole un mate.

El recién llegado tomó asiento y, entre risas y exclamaciones de asombro, empezó á relatar: «las gauchadas de unos jinetes gringos, de más allá de ande el diablo perdió el poncho, ingleses, á la fija, por lo corajudos, que habían venido á probarse con los criollos, como enlasadores y domadores, pues hasta jinetiaban toros, por más que usaran laso cortito de soga y todavía con guantes para no pelarse las manos»...

El corro se animaba cada vez más, y el narrador seguía relatando las habilidades de aquellos hombres que sabían enlazar un novillo y dejando el caballo rienda arriba EL DOMADOR 213 para que cinchase, se bajaban y volteaban al animal y le maneaban las patas con un cordel; ó del negro que se le enhorquetaba á un toro y lo hacía bellaquear.

—¡ Y esa es todavía la novedá que los tiene tan alborotaos á los puebleros !—dijo irónico el más viejo del grupo en el mismo instante en que pasaba el mate vacío al cebador, y acercando un tizón al pucho del cigarro negro lo encendía guiñando los ojos para evitar la humaza.

Luego continuó: ¡Vaya una noticia fresca! Pero si eso mesmo lo sabía hacer cualquiera gaucho matrero que solito su alma le metía el laso á un novillo ajeno y lo degollaba pa sacarle una achura...

¿ Y los troperos en las noches de disparada de la hacienda entre el monte?...

Acaso cada pión por su lao no iba enlasando y maneando con el

cabresto ó el cinchón á los animales chúcaros que no querían volver á la tropa...

Y en cuanto á jinetiar toros, cuando Rosas y Quiroga acaso no le perdonaron la vida á más de un prisionero por haber montao un toro en pelos y con grillos, sentandoselé á lo mujer...

¡Avisá si te han contramarcao, y querés usar lasito de piola! Rieron en la rueda con la salida. Pero el de las noticias todavía se atrevió á insistir:

-Vea, viejo, es que estos gringos sombrerudos con camiseta colorada como Garibaldi, una vez que múentan parece que se prienden en el recao y no charquean... Yo los vide...

-Es que ya no habrá domadores en nuestra tierra porque no hay gauchos, cuando vienen á querer enseñarnos criolladas los de pajuera... Pero en antes, como cantó Martín Fierro: ¡Ah! tiempos... ¡si era un orgullo Ver jinetiar á un paisano! Y entusiasmado por el tropel de recuerdos que debieron desfilar ante su mirada, sintiendo tal vez en lo hondo de la entraña la herida abierta por las alabanzas tributadas á los que venían de afuera, olvidando lo que los hombres de su clase sabían hacer, lo que era su orgullo-como dice el poeta que ha penetrado hasta el fondo del alma gaucha, el viejo paisano refirió una de esas ingenuas consejas de los fogones campestres henchidas de superstición, de travesura y de colorido local.

Era el cuento del domador-una tradición de mi tierra--que desearía referir con ese arte sumo, en el cual las palabras parecieran caídas de los labios mismos de los ingenuos interlocutores y que la descripción del vivo ambiente tuviese la fuerza de color de la naturaleza, con toda su agreste y serena poesía…… El cielo se había encapotado; una que otra estrella muy pálida y lejana asomaba por entre los nublados y se extinguía.

La luna aprisionada siempre en su doble círculo declinaba al ocaso sin proyectar sobre la negra llanura más que un lívido fulgor.

Y el infinito y misterioso silencio de la noche en los campos, imperaba absoluto sobre la muda inmensidad.

Los hombres del fogón también callaban aguardando el cuento del domador que el viejo demoraba reconcentrado en sus recuerdos, como si la taciturnidad del contorno le hubiera compenetrado el alma de mudez.

Pero al fin se animó y alzando la cabeza melenuda empezó

gravemente á referir: El finao mi padre, que supo ser jinete de menta y era hombre de verdá, contaba que en sus mocedades había oído hablar de un pardito Abdón Mendieta que nunca se EL DOMADOR 217 supo que ningún bagual lo hubiera basuriao.

Lo buscaban como pa encargo pa confiarle los animales más bravos, esos reservaos que nunca faltaban en las estancias pa asonsar locos y á tuitos los entregaba caballos de andar, mansitos como pa subir una china en ancas y prenderles cuhetes...

Fué allá en los Campos Floridos de don Mateo García Zúniga, el estanciero más ricacho y generoso que se conocía en Entre Ríos por aquel entonces.

En una de sus manadas había un bagual porcelano asulejo que ningún cristiano le podía aguantar un par de corcobos sin planchar el suelo con el lomo.

Parecía un ventarrón cuando bellaquiaba pegando güeltas pa enloquecer al domador! Pues aconteció, que un día de cerdiada de la yeguada, don Mateo que era muy jaranista ofreció una onsa de oro al que se le aguantara al porcelano. Por supuesto, engolosinaos con la gatiada que el viejo había sacao del tirador y la hacia brillar al sol, á más de uno se le hiso el campo orégano, pero no bien lo montaban en cuanto el bagual los aventaba como bajeras...

Entre los mirones se encontraba el pardito Abdón, y como no faltó quien le soplara al patrón que aquel mocito era ginetaso, al punto don Mateo le hizo el envite: -¿Te le animás, pardito, al reservao? —Sí, señor, me le animo ¿por qué no?— Y arremangandosé el calsoncillo cribao, le aflojó las alsaprimas á las espuelas y las destalonó pa que llorasen, asujetandosé la melena con un pañuelo de vincha.

El porcelano, que estaba ensillao en el palenque, haciendosé el mansito lo dejó arrimar. Abdón le casó la oreja, metió los dedos en el estribo, bolió la pierna y se le enhorquetó; después se afirmó en las riendas, echó el cuerpo pa atrás y le rayó las paletas con las lloronas, EL DOMADOR 219 El bagual pegó un bufido y comensó amacarse, á lo loco, cimbrandosé de un lao pa el otro; se abalansaba, hacía un arco del lomo, metía la cabesa entre las manos, alsaba las patas de atrás y se ponía derechito; se tendía de costillar, saltaba pa delante y en mitá de la juria pegaba un reculón; corcobiaba dando güeltas, patiaba el estribo, doblaba el pescueso

tirando mordiscos, se hacía un ovillo, y el pardito ¡ como clavao! riyendosé mientras le hacía jugar las espue las y lo enloquecía á chicotasos...

Don Mateo se reía, y los mirones sin dar. la tuavia por ganada decían con envidia:

— Aurita nomás te hace comprar terreno, pardito, por boraciador. El porcelano seguía corcobiando y echaba espuma de rabia dando güeltas como un remolino. El pardito ni se movía; ¡parecía que había echao raíces en el recao!... De repente encogió las orejas, soltó un relincho y juyó bellaquiando campo ajuera y ganó los montes, sin que los apadrinadores pudieran alcansarlo, porque se les aplastaron los montaos.

Así llegó la noche. Al día siguiente, no bien aclaró, salieron á campiarlo, pero no encontraron ni los rastros. Pasaron varios días y nadies supo dar noticias ni del bagual ni del domador. ¡ Parecía que se los había tragao la tierra!...

-A la cuenta lo mataría contra algún árbol entre el monte.

-Ansina lo creyeron todos; y no era para menos.

Algunos años después, una mañanita que cabalmente estaban cerdiando una manada, en el mismo corral de don Mateo, los paisanos vieron aparecer redepente á un gaucho con una melena larguísima, montao en un pingo porcelano que venía al trotecito escarciando. Nadie lo conocía y cuando llegó junto á la tranquera y le dieron los buenos días,el paisano contestó:

-Yhigihigigihigiggigigiggg... ¡ Era un relincho! De tanto andar entre los montes jinetiando al bagual, el domador se había olvidado de hablar. Una carcajada coreó el final de aquel extraño relato, que yo escuchaba conmovido, sintiendo erguirse en mi interior la imagen del antiguo domador, cuyas proezas legendarias entran ya en el campo de nuestro folk-lore, como el símbolo del coraje y la destreza de ese admirable tipo que se pierde. Huía el tren acortando la distancia del monótono camino, y, como ocurre entre viajeros conocidos, se habían cruzado ya maquinalmente, los mismos saludos de costumbre, las mismas frases banales que, á fuerza de repetirlas, concluyen por no significar nada.

Una ojeada rápida al diario que se abandona por falta de interés; alguna mirada sin curiosidad á través de los vidrios de la ventanilla al paisaje circundante cuyas imágenes superpuestas llevamos

impresas en la retina como en la cinta de un cinematografo; unas bocanadas de humo arrancadas al cigarrillo que se enciende para matar el tiempo y se arroja en seguida al sentir invadido el espíritu por la obsesión del viaje de retorno, y con el que inevitablemente habrá de emprenderse á la siguiente mañana.

Y para completar el cuadro, una garúa que cae intermitente y opresora acribillando la triste campiña con sus flechas menudas, hasta envolverla en un inmenso velo gris que achica la visión del horizonte...

Un amigo, un antiguo camarada suele ser en tales casos una verdadera trouvaille, y mucho más cuando la amistad que á él nos une arranca de aquella edad dichosa, en que todos los senderos nos parecen tapizados de rosas y el alma se abre ingenua á los ensueños de la esperanza.

Yo tuve la fortuna de encontrar á uno de esos camaradas que vino de improviso, en una hora de tedio, á refrescarme el corazón con las rientes memorias de la edad juvenil; y fué tan grata la impresión, que he sentido la irresistible tentación de reflejar en estas páginas un retazo siquiera de su regocijada charla, sintiendo únicamente que las deficiencias del propio estilo no logre comunicarle la alegría espontánea y serena que la animó al nacer.

16

Sabés silbar ?

Charlábamos evocando esos pequeños incidentes de la vida estudiantil tan frescos siempre, tan plácidos é inaccesibles al olvido. La frase rápida y el retruécano agudo; el mote feliz que rebautizó á un condiscípulo; las tretas audaces para burlar los ojos de Argos del celador ó del portero; la travesura medio chúcara por su perversidad infantil, pero rebosante de la gracia de la tierra que hasta ha inventado un vocablo formidable, el «titeo...

Y los nombres de los compañeros que han ido ascendiendo, de los que se hundieron en la sombra impenetrable del anónimo, de los que nos han precedido en el viaje sin retorno iban desfilando, cuando al detenernos en el apodo de aquel escritor sagaz que tanto hizo gozar poniendo de relieve algunas características de «nuestro» ridículo, y cuya temprana desaparición fué una real pérdida para las letras argentinas, mi camarada sonrió como si hubiera sentido despertar la imagen de alguna grata memoria.

-¿Te acuerdas de la primera penitencia ?-me dijo de pronto con alegre voz.

--Fueron tantas, que no sabría señalar cuál fué mi primogénita-respondí contagiado por una súbita hilaridad.

-Pues yo sí, tengo tan fresco su recuerdo, que ahora mismo si cerrara los párpados vería reproducida con todos sus detalles la deliciosa escena que la precedió.

Y con el rostro iluminado de contento, riendo con sus grandes ojos inteligentes, con ese acento provinciano que parece venir á los labios cuando se cuentan cosas del terruño, mi amigo continuó:

-Fué el primer día de mi entrada al Colegio del Uruguay. Me sentaron cerca de un muchacho de más edad que yo, de mirada expresiva, inquieto y conversador como uno de los Habladores de Cervantes; con el pelo castaño, rebelde al cepillo, que se le erizaba al reir como si una cosquilla le recorriera por toda la piel. ¡Oh! ¡y aquel demonio reía con una risa tan retozona y còmunicativa!...

El profesor de matemáticas, aquel viejito bravo como un ají cumbarí ¿ te acuerdas ? estaba parado frente al pizarrón, engolfado en la demostración de no sé qué problema que yo escuchaba sin comprender, medio azorado por las emociones del noviciado, cuando sentí que mi vecino me tocaba suavemente la punta del pie, y en voz baja, ocultando la cabeza en la espalda del alumno que tenía delante, me preguntó, con una expresión indecible de malicia burlesca:

Ché! ¿ vos sos nuevo, no?

-Sí.

-Sabés que tenés cara de zonzo...

-Puede ser.

-Sí, ché, tenés cara de zonzo... ¿A que no sabés silbar?

Yo sonreí al escuchar semejante pregunta, pero no contesté. El insistió con acento socarrón entrecerrando sus ojos claros en que le retozaba la astucia.

-Si no has de saber... Fastidiado por su duda tonta, sin darme cuenta de la treta lo miré fijamente á la cara y le respondí:

-¡Cómo no voy á saber!

-Bueno, á ver, silbá...

Automáticamente fruncí los labios y di un pequeño silbido apenas perceptible. Movió la cabeza ahogándose de risa, acariciando allá en lo hondo la realización de la broma urdida, y volvió á decirme:

-¿No ves, mulita? si no sabés...

Picado ya en mi amor propio por aquella mofa incrédula, quise demostrarle que yo no era el bobeta que se imaginaba. ¡ Fué mi perdición! Silbé más fuerte, tan fuerte que el profesor al oirme se dió vuelta irguiéndose como una viborita irritada y echando chispas por las pupilas, que relumbraban como dos cuentas de vidrio celeste, con tono áspero interrogó:

-¿Quién es el ñandú que está silbando?...

-El nuevo mosiú... ¡éste!-exclamó entonces el gran cachafaz, gozándose con su travesura que iba á costarme la primera hora de penitencia en aquel memorable cuartujo del obscuro pasadizo, en cuya maciza puerta grabaron sus nombres la mayor parte de los alumnos del histórico colegio, sin sospechar que alguno lo haría ilustre.

Y el narrador-un distinguido médico sin un pelo de tonto, por más que en aquella ocasión pecara de tal-reía hasta saltársele las lágrimas, recordando la mala partida luque, para calarlo, le jugó el endemoniado condiscípulo, con aquel espíritu henchido de expansiva alegría y de primavera que ció los donaires de su ingenio bajo este seudónimo popular: Fray Mocho.

El tren se detuvo de repente trepidando. La ciudad rumoreaba su atareada animación de inmensa colmena. Allí nos aguardaban los afanes de la lucha cotidiana. La vagabunda imaginación tuvo una brusca sofrenada...

Nos separamos, y al echar á andar entre la multitud indiferente, la porfiada reminiscencia todavía trajo á nuestros labios como una protesta la melancólica endecha de Cyrano: ... Todo cual humo vano se disuelve! Aquello que nos vino con el pífano ¡Con el tambor se vuelve!...

17

La navidad de Lluri-lluri

No sé por qué, en la víspera de esta sugestiva Nochebuena que tantas promesas de alegría traerá para cuantos sueñan con sus dones de prodigio, mi espíritu se vuelve hacia el pasado evocando añoranzas de otra lejana Navidad.

Y no es que la embellezca aquel tierno prestigio de que ...á nuestro parecer Cualquiera tiempo pasado Fué mejor... cantado por el poeta en su canción famosa. No es una sensación placentera la que me embarga, haciéndome apartar la mirada de esta alegría vocinglera que siento pasar; es más bien un recuerdo melancólico y tenaz el que me ha traído, en vez de risueñas esperanzas, el perfume de una de esas memorias que no disipan los años.

Era yo muy niño, pero la visión se grabó de una manera tan intensa que, en este instante, me parece ir experimentando una por una las antiguas impresiones y los rostros ya borrados por la muerte, han vuelto á animarse y cruzar entre una vaga niebla de reminiscencias...

El Nöel de mi pueblo era muy pobre. No tenía un gran árbol de rutilante follaje de donde colgaran racimos maravillosos. Ni Guignol exhibía las graciosas sorpresas de su pequeño tablado. Pero en todas las casas, aun en las más humildes, como una tregua á los afanes de la vida, el mismo sentimiento agrupaba á las familias para conmemorar esa fiesta traLA NAVIDAD DE LLURI-LLURI 233 dicional de esperanzas y recuerdos, de las expansiones íntimas y de la candorosa inocencia, de la que deja al pasar en cada corazón una ráfaga de amor, un ensueño de paz...

A falta de las deslumbradoras novedades de los festejos del presente, florecía en las almas la fe ingenua y sincera unida al encanto de aquella obsequiosa llaneza de los hogares de antaño.

Y era de ver la atareada actividad de las vecinas encargadas de adornar el «nacimiento». El viejo zahumador de plata, el más lindo florero, las primorosas mallas de cribo, las macetas con las flores

más raras de los jardines, y las pintadas sartas de cáscaras de huevos que, en bandadas iban á buscar los muchachos á los nidos del monte, las blancas panojas, las de cortaderas y la azulada estrella del mburucuyá, todo servía para embellecer el humilde pesebre donde el niño Jesús en su cunita de pajas, mostraba la mirada angelical de sus ojos celestes tendiendo dulcemente los brazos en medio de reyes y pastores de madera...

En todas partes no se hablaba sino de las fiestas de la natividad, de la misa del gallo -á que iba asistir por primera vez para ver el nacimiento-de las estrepitosas serenatas con que las rondas de mozos recorrerían las calles jaraneando, de los convites de mantel largo en tal ó cual casa, seguidos de una tertulia hasta el alba, para asistir después á la procesión matinal de los pastores, pues siendo Nochebuena, según el viejo cantar, era noche de no dormir. Elogiaban otros las habilidades de los volatines y las gracias del payaso que piruetarían al aire libre en el centro de la plaza, con sus mallas centelleantes de lentejuelas, mientras los músicos que capitaneaba un negro trompa de la jefatura, tocarían dianas rivalizando en alegría con el repique de gloria de las campanitas de la aldea echanLA NAVIDAD DE LLURI-LLURI 235 5 do á vuelo sus voces de bronce para celebrar el nacimiento del niño divino…… Pero sobre todas aquellas promesas de inusitado esparcimiento, existía otra más grata para mí, y no tengo rubor en confesarlo, la torta de Navidad, grande, sabrosa; una torta de leyenda recamada de confituras y de adornos formados con clara de huevo y grajeas con un mundo de dulces adentro, que el panadero nos venía describiendo desde muchos días atrás para hacérnosla pregustar. Era una especie de fantasma, una pesadilla obsesionante la promesa de aquel hombre rubio, de ojos movedizos, que hablaba gesticulando y riendo á la vez, en un lenguaje pintoresco, mestizo de italiano y de criollo, que hubiera hecho cavilar á los más graves filólogos.

Le llamaban Lluri-lluri, porque tal era el grito característico con que se anunciaba.

-Lluri-lluri mocháchi pa qui la sua mamás mi cumpra turtas exclamaba riendo ruidosamente al detener el caballo de golpe frente al portal, incitándonos á solicitar la pequeña suma para satisfacer el goloso deseo.

Y era inútil tratar de convencerlo; las tapas de las grandes árganas de cuero peludo permanecían inviolables hasta que no veía blanquear el medio real de plata boliviana.

En balde alguna linda chinita de ojos muy grandes y negros como un pedazo de noche, moviendo al reir el seno tembloroso, le decía para tentarlo, coqueteando: --Mirenlón si es malo don Lluri, hacer llorar al niño por una miseria...

El italiano la contemplaba silencioso, hacía después un sonido extraño chasqueando la lengua con deleite como para demostrar que aquel bocado le agradaba, pero las árganas continuaban cerradas, y dando un talonazo al rocín seguía pregonando su mercancía con aquel grito Lluri-lluri, que me parece sentir llegar henchido de recuerdos del terruño...

Pero en aquella Navidad había prometido ser generoso y cumplió su promesa. Gozoso con la dicha que iba derramando de puerta en puerta, su grito jubiloso y mušical llegaba de lejos como una caricia para todos los niños, sus amiguitos pedigüeños á quienes hizo gimotear más de una vez al negarles la torta de yapa con que le acosaban. Nunca se le vió tan alegre y bullanguero.

Como si tuviera un cascabel en el corazón que sonara á cada latido, riendo, cantando á gritos la expansiva alegría que le inundaba, recorrió al trote las calles de la aldea vaciando las árganås y volvió á llenarlas hasta dejar contentos á todos los marchantes.

Y cuando ya no tuvo más que dar, quiso también festejar á su modo la Navidad con aquella locura estrepitosa que le agitaba. Adornó con moños de cinta las crines y la cola del caballo, le colgó un pretal hecho con cáscaras de huevos de ñandú, alzó una china á la grupa y se fué de parranda á los bailecitos del suburbio.

La gente reía al verlo pasar; los muchachos corrían palmoteando detrás, mientras él muy tieso en los estribos, irguiendo el busto sonreía satisfecho y volvía la cabeza de cuando en cuando para echar un requiebro á su piscoira.

Y así anduvo largo rato paseando su alegría entre los estruendos de los cohetes que le arrojaban á las patas de la cabalgadura para hacerla encabritar, alzando polvaredas en medio de las chacotas y risotadas con que festejaban las exclamaciones del jinete.

De pronto dió una tendida de riendas haciendo caracolear al

montado, pegó un talonazo y desapareció envuelto en un remolino de polvo... Se ocultaba el día. Nadie se acordaba ya de Lluri-lluri. Los volatines habían ejecutado la última prueba el payaso con el rostro sudoroso, en que la pintura al correrse había trazado grotescos dibujos, recogía sus bártulos para retirarse, y el negro trompa echaba la postrera diana como un adiós al sol que se ponía entre purpúreas reverberaciones tras el monte de talas.

En aquel instante, un jinete á media riendas apareció yendo à detenerse delante de la puerta de la jefatura.

Traía una triste noticia. ¡Lluri-lluri acababa de ahogarse! Excitado por la alegría y las frecuentes libaciones con que lo agasajaban, había resuelto ir á bañarse con varios compañeros, y en cuanto cayó al río, la corriente impetuosa lo arrastró para sepultarlo bajo el torbellino de un remanso.

Como un rayo que cayera del cielo sereno, la fúnebre noticia se esparció en las calles ya invadidas de soledad y de misterio.

Se oyó de improviso el estallido de una salva saludando á la bandera de la comandancia, que descendía replegada á lo largo del asta desvaneciendo sus colores en la sombra crepuscular, y la tranquila aldea se fué hundiendo lentamente en los silencios infinitos de la noche...

A la madrugada siguiente, al salir la gente de la procesión de los pastores, después de la misa del gallo, las campanas trocaron de pronto sus repiques jubilosos en dobles funerarios.

Sobre el lecho de una carreta que avanzaba al paso, en la pálida claridad del alba, se dibujaba un bulto inmóvil. Detrás, varios hombres con los sombreros en la mano caminaban silenciosos, el convoy se detuvo frente á la iglesia para dar paso á la concurrencia que salía. El viento agitó la sábana que cubría aquel bulto, y dos pies rígidos, blancos como si fueran de mármol, se descubrieron. La multitud remolinó; sentí un grito de espanto á mi espalda, una mano temblorosa me cubrió los ojos para sustraerme á la horrenda visión, y, asustado, convulso me refugié en los brazos de mi madre que me estrechó á su pecho sollozando.

He aquí por qué, en la víspera de esta Nochebuena oyendo pasar los cantos, las risas y las músicas de la multitud que se divierte, solo frente á la luz de una lámpara, inundada el alma de vaga tristeza, he sentido renovarse las impresiones de otra lejaná Navidad con el

recuerdo del pobre amigo que duerme olvidado bajo un pedazo del terruño nativo, allá cerca de aquel nido amado de mis primeros años...

18

La leyenda del Mburucuya

A la Morita.

La lluvia, una lluvia fría, opresora, interminable, se deshilachaba empapando los ramajes del monte, corría formando charcos en los bajíos y acribillaba con agudas flechas el verde trebolar de las lomas, mientras el viento cruzaba gimiendo ecos lúgubres y extraños por entre las tupidas matas de los pajonales.

Arriba, sobre el toldo enlutado, una que otra estrella muy pálida y lejana asomaba un instante parpadeando y se volvía á perder en las densas negruras...

Acurrucados junto á la lumbre del fogón, varios peones de la estancia, para acortar las horas de la velada, mateaban y se entretenían en referir esas ingenuas narraciones de la vida animal en las selvas, que la superstición campesina ha hecho brotar como una flor de hechizamiento.

O bien eran adivinanzas que el dueño de casa—una especie de venerable patriarca del Pago-les iba proponiendo para aguzar la imaginación de aquellos seres rudos.

-Adivina, adivinador-decía el bondadoso anciano sonriendo ante la curiosidad infantil que veía reflejarse en los rostros barbudos de los gauchos, cuyas miradas indiferentes como las del árabe, de nada parecían asombrarse.-Adivinen, ¿qué será? Vuela sin alas, Silba sin boca, Castiga sin manos Y no lo ves ni lo tocas...

--Mandinga-exclamó al pronto una voz.

-El ñandú-agregó otro más allá.

-El ñandú no vuela, bagual-dijo ruidosamente el primero.

-Pero en antes volaba, cuando era ray de los pájaros; dispués lo castigaron por orgulloso.

-Ni mandinga, ni el ñandú.

¿Se dan por vencidos?...

-Es el viento.

-¡ Mesmo!--repitieron á coro varias voces, riendo á sus anchas con esa sana y pueril jocosidad que las llamas del fogón parecen comunicar á los campesinos.

Y, como las adivinanzas exigían pensar mucho, volvieron al cuento en que el zorro, el caráhu, las viuditas y la luz mala, con sus aventuras burlescas ó lamentables, embelesaron la atención de los oyentes, durante largo rato.

Alguien insinuó que el patrón era quien los sacaba y accediendo al insistente pedido les refirió entonces un «Cuento del Pago», según decía con llaneza para excusar su mérito.

Era, sin embargo, una tierna y simplísima leyenda campera en la que se dirían encarnados, como en un símbolo, los sufrimientos y los hondos cariños de aquella valerosa prole del pampero, ya ida para no volver; que yo quisiera contar con esa suprema sencillez que es la vida y la verdad emocional en el arte.

-Hace ya largos años, muchísimos años -empezó el anciano.-Era en los tiempos en que comenzaron á poblarse los campos desiertos de la provincia, con las expediciones que venían de Santa Fe y Buenos Aires á hacer volteadas de hacienda cimarrona; cuando á orillas del monte de Calá estableció su estancia un militar español, muy rico y orgulloso, á quien acompañaba su hijo, un lindo mocetón que constituía la más grande pasión de su existencia, pues decían que la madre había muerto al darlo á luz.

Para hacer menos triste su soledad el padre procuraba retenerlo á su lado, pero el mozo que sentía despertar en el alma la pasión por el peligro y las aventuras, persiguiendo unas veces los últimos restos de los bravos charrúas, otras los ganados alzados para cuerearlos, se iba alejando cada vez más de la estancia.

Buen mozo, rico, jinete, con fama de guapo y luciendo lujosos aperos, bien pronto se transformó en un gaucho ó gauderio, como llamaban á los hombres que vivían vagando por los campos.

Así decían que nadie como él vestía con más elegancia la chaquetilla bordada y el chiripá de paño envuelto á la cintura en forma de mortero sobre el calzoncillo cribado, ni usaba tan lindas botas de potro con blanco delantal, ni hacía llorar con mayor gracia las nazarenas de plata cuando bailaba un cielito ó jineteaba un potro, mientras el pañuelo de la vincha iba aleteando como la

banderola de una lanza, encima de la renegrida trenza.

Con semejantes prendas, era natural que no fueran únicamente las aventuras de perseguir indios montaraces y toros orejanos, las que lo retenían tantos días lejos del hogar.

El padre se puso caviloso y tanto temó y averiguó hasta que vino á descubrir la causa principal de las largas ausencias.

El joven había sentido las primeras llamaradas del amor, siendo objeto de su pasión la hija de unos pobres paisanos que tenían su rancho entre los montes de Calá.

Era una de esas lindas morochas de mi tierra, con unos ojazos negros y embelesadores, ojos verdaderamente criollos, de esos que parece que les van comiendo la cara...

Pero la condición humilde de la pobre gauchita tenía que chocar con las ideas del militar español, que por nada hubiera permitido ver mezclada su sangre limpia de noble castellano, con sangre obscura de mestizos.

Inútiles fueron, pues, los ruegos del enamorado para convencer al testarudo viejo; ni siquiera consiguió ablandar su gesto amenazador.-¡ Prefiero que te parta un rayo! fué la única respuesta.

Ante aquella dura negativa, el espíritu altanero del hijo se sublevó, y desafiando el enojo y las amenazas de la maldición paterna, una tarde montó á caballo y no volvió á la estancia.

Corrieron los días y por más que el afligido padre vivía indagando el paradero de su hijo, nadie supo darle noticias. Ninguno lo había vuelto á ver por los parajes que solía frecuentar.

Hasta se llegó á pensar que tal vez fué sorprendido y muerto por los indios que vivían matrereando en los montes, para vengar en alguno de aquellos aborrecidos hombres blancos, la guerra á sangre y fuego con que los iban exterminando en la tierra de que fueron señores...

Entre tanto, los ojos de la paisanita, aquellos ojazos negros y embelesadores, se le ponían cada día más tristes y grandes, como si le fueran comiendo la cara.

Ya no adornaba sus trenzas pesadas y más renegridas que las alas del morajú, con margaritas coloradas; ya no cantaba cielitos, alegre como las calandrias y los zorzales que le enseñaron á cantar.

Caminaba silenciosa, despacio, sin hacer ruido como una sombra. La vida se le iba sin quejas ni lágrimas, pero sus penas

debían ser muy hondas porque las ojeras le cavaban un círculo obscuro debajo de las largas pestañas.

-Mal de corasón clavao y de los juertes, que no se cura con flores del aire. Si la ligadura que le hice con un pañuelo del moso, un pedaso de trensa de la muchacha y tres plumas de caburé, no hace el milagro, onamó la chirindisita!-había sentenciado la vieja curandera del Pago meneando la cabeza.

Pero el amante no aparecía, y la morocha consumida de pena todavía tenía alientos, y seguía esperando con la mirada siempre clavada en dirección al camino de la estancia, por el que tantas veces sintió relinchar el caballo que le anunciaba la llegada con su dueño á la querencia...

-Va cáir á la güella. ¡La ligadura jué machasa! Otros más duros cabrestiaron….. los vide, por esta crus,-seguía afirmando la curandera. yo Una tarde estaba contemplando la entrada del sol que se ocultaba coloreando los sauzales de la costa de Gualeguay, mientras las sombras bajaban á acostarse entre los gramillales del bañado y avanzaban después arrastrándose á ras del suelo hasta que todo el campo se puso negro, como vestido de luto, De repente creyó sentir una voz lejana que la nombraba, allá desde las sombras del monte. Tuvo miedo al principio, mucho miedo. No sería aquella voz el eco de un ¿ alma en pena?... Anima bendita, Dios te perdone- exclamó juntando las manos para rezar, cuando la voz se oyó otra vez más clara y cercana. Al mismo tiempo un caballo relinchó en aquella dirección. Entonces ya no dudó. La ligadura había hecho el milagro.

¡ Era él, que al fin volvía! Loca de contento, riendo y cantando, cuando ya creía que se había olvidado de cantar y reír, echó á correr hacia donde la llamaba la voz.

El campo volvió á quedar en reposo; ningún rumor interrumpió la calma de la noche, y desde entonces nadie vió otra vez los ojos de la linda morocha, aquellos ojazos negros y embelesadores que parecía que le comían la cara...

Los días corrieron y el más profundo misterio envolvió la desaparición de la criollita. Algunos pensaron que tal vez la enamorada pareja había ido á levantar su nido feliz á otro Pago distante.

Era ley de los tiempos, y ante la terquedad del viejo militar

aquella resolución se justificaba. Cuando una mañana que los peones de la estancia habían penetrado á la rinconada de Calá, persiguiendo una yeguada, se encontraron de pronto en un monte de espinillos, con los horcones de un rancho quemado y entre el montón de cenizas, unidos en el último abrazo, como si la muerte los hubiera herido al mismo tiempo, los cuerpos de los amantes.

¿Era aquello una venganza de los charrúas ó la maldición paterna que desató las cóleras del cielo en forma de rayo para matarlos?... Nadie pudo decirlo porque el incendio borró todos los rastros.

En el mismo lugar cavaron los peones una sepultura en que se confundieron los fúnebres despojos, y encima clavaron para protegerla una gruesa cruz de ñandubay.

El monte incendiado renació cubriendo de sombra y de silencio el solitario paraje.

La cruz envejeció, se puso blanca con el sol las lluvias; muchos latigazos de pampero la azotaron sin derribarla.

Todos los testigos de aquel drama enmudecieron también para siempre, y sólo la cruz quedó de pie. y Pero aquel blanco madero, sin nombre ni fecha para indicar al caminante los restos que protege del olvido, como todas las cruces de nuestros campos guarda una historia de dolor...

-Yo la oí referir á los ancianos de la región-decía el narrador, cuya voz trémula de emoción parecía anegada en las recónditas tristezas de la raza, contemplando al silencioso auditorio que, abatidas las cabezas melenudas y las pupilas sombrías, duramente fijas en las brasas del fogón, escuchaba conmovido el relato, mientras la lluvia interminable y opresora se desflecaba con las rachas del viento en los ramajes, corría por las charcas de los bajíos y brillaba como gotas de llanto sobre la esmeralda de las cuchillas con la lívida luz del amanecer.

Y esa tradición contaba que, en cierta mañana de primavera brotó al pie de la cruz una plantita de hojas delgadas, que fué creciendo abrazada al madero hasta cubrirlo de verde follaje.

Que otra mañana, al primer rayo de sol, allá arriba sobre los brazos de la cruz vieron abrir una flor hasta entonces desconocida, una flor muy hermosa y extraña semejante á la estrella de una nazarena, cuyos pinchos goteaban sangre para pintar las hojas

blancas y azules de la flor, á la cual rodeaba un círculo de flecos sedosos que parecían pestañas de unos ojos de mujer.

Y añadía la tradición, que desde aquella primavera esa flor encantada de duelo y de pasión, siempre lució sus hermosos colores sobre los brazos de la vieja cruz, porque había echado sus raíces en el corazón de los amantes...